

Muchas veces queremos tener horas de oración, pero más que ello, debemos ocuparnos por desarrollar una vida de oración y comunión con Dios.

Todas las victorias se logran al permanecer firmes en posición triunfante frente al enemigo. ¿Sabe cómo hacerlo? ¿Por qué conformarse con migajas cuando Dios ha hecho una promesa extraordinaria? *"Si algo pidiéres en mi nombre, yo lo haré"* (JUAN 14:14).

Descubra...

- ❖ Cómo atar y desatar en la Tierra.
- ❖ Cómo orar en la voluntad de Dios.
- ❖ Cómo ejercer en oración la autoridad de los hijos de Dios.
- ❖ Los secretos para velar y orar.
- ❖ Cómo orar con eficacia en el nombre de Jesús.

Por la pluma de uno de los más grandes exponentes del cristianismo, Watchman Nee, encontrará respuestas a su falta de oración y aprenderá cómo superar los obstáculos para avanzar en su vida de oración.

Lea *"La oración, cuando la Tierra gobierna al cielo"* y su relación con Dios se afianzará y se enriquecerá con valiosos conocimientos.

T. S. (WATCHMAN) NEE (1903-1972) nació en la China, a los 17 años recibió a Jesucristo como su Señor y Salvador, y le dedicó su vida entera; llegó a ser un ministro de Dios reconocido mundialmente y un profundo examinador de Las Escrituras.

Es autor también de *"El carácter del obrero de Dios"*, publicado por esta casa editora.



Peniel

LIBROS PARA SIEMPRE

Vida cristiana
Crecimiento espiritual / Oración

www.editorialpeniel.com

ISBN-10: 987-557-120-2
ISBN-13: 978-987-557-120-4



9 789875 571204

EAN

Peniel

POR TIEMPO LIMITADO
US\$ 3.99
(o su equivalente)

Watchman Nee

La Oración

Cuando la Tierra gobierna al Cielo

Watchman Nee
La Oración, Cuando la Tierra gobierna al Cielo

La Oración: cuando la tierra gobierna al cielo
Watchman Nee

Publicado por:
Editorial Peniel
Boedo 25
Buenos Aires C1206AAA - Argentina
Tel. (54-11) 4981-6034 / 6178
e-mail: info@peniel.com

www.editorialpeniel.com

Diseño de cubierta e interior: arte@peniel.com

Publicado originalmente con título:
The Prayer: Ministry of the Church
by Christian Fellowship Publisher, Inc.
Primera edición en castellano, publicada bajo el título:
La Oración: el ministerio de la iglesia

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en
ninguna forma sin el permiso escrito de Editorial Peniel.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Nee, Watchman
Oración cuando la tierra gobierna al cielo, la - 1a ed. - Buenos
Aires Peniel, 2006.
Traducido por: Virginia López Grandjean
ISBN-10: 987-557-120-2 ISBN-13: 978-987-557-120-4.
Vida Cristiana-Oración. I. López Grandjean, Virginia, trad. II.
Título CDD 248.32
144 p. ; 17x11 cm

La Oración

Cuando la Tierra gobierna al Cielo

Watchman Nee

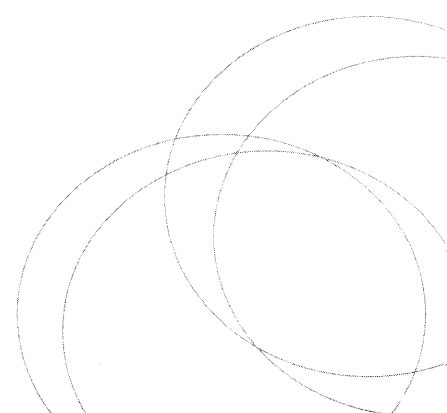


BUENOS AIRES - MIAMI - SAN JOSÉ - SANTIAGO

www.editorialpeniel.com

CONTENIDO

I	La Oración: el ministerio de los santos	9
II	Cómo debemos orar	43
III	En el nombre del Señor Jesús La confianza de Dios	77
IV	La oración de autoridad	101
V	Velad y orad	125



LA ORACIÓN:
EL MINISTERIO DE
LOS SANTOS



I

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y el solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle par gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que esta en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en media de ellos (Mateo 18: 15-20).

Este pasaje bíblico puede dividirse en dos partes: los versículos 15-17 forman una parte; los versículos 18-20 forman otra. Al estudiar cuidadosamente las dos partes, podemos ver la relación que hay entre ellas. Los versículos 15-17 se refieren a un caso específico, en tanto que los versículos 18-20 tocan un principio general. El caso particular que se cita en los versículos 15-17 necesita un tratamiento especial, y el principio general que se halla en los versículos 18-20 debemos aprenderlo con

diligencia. Aunque el caso se menciona y el principio después, sin embargo, las palabras de la segunda parte son más numerosas que las de la primera. En otras palabras, la primera parte se relaciona sólo con una situación individual, en tanto que el segundo se refiere a un principio general, aunque altamente significativo. La manera de tratar el caso citado en la primera parte depende del principio establecido en la segunda. La segunda parte es el fundamento, en tanto que la primera es sólo la aplicación del principio.

En los versículos 15-17, el Señor Jesús nos dice cómo tratar a un hermano que peca contra otro: primero debe ir el ofendido y persuadirlo. Si no oye, debe tomar uno o dos testigos y volver a hablarle. Si aún así se niega a oír, entonces debe decirlo a la iglesia. Y si no oye a la iglesia, debe tenerlo como gentil y publicano. Ahora bien, después que el Señor Jesús menciona este caso, continúa diciendo: *“De cierto os digo...”* Lo que Él quiere decir es que hay una razón por la cual se debe actuar de este modo; es decir, porque existe una tremenda relación o principio envuelto en todo esto. Por eso decimos que los versículos 18-20 constituyen la base de los versículos 15-17.

No nos detendremos en el caso particular que se describe en los versículos 15-17; haremos uso de dicho caso sólo para introducirnos al gran principio. Veremos que no sólo debemos actuar de este modo para con un hermano que peca contra nosotros, sino que de igual modo

debemos reaccionar en miles y miles de situaciones diferentes. Entremos en la segunda parte de este pasaje que tenemos delante y notemos lo que Dios quiere indicarnos en particular.

LA TIERRA GOBIERNA AL CIELO

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. ¿Qué es característico en este versículo? Su punto peculiar es que la acción de la tierra precede a la acción del cielo. No es que el cielo ata primero, sino la Tierra, no es que el cielo desata primero, sino la Tierra. Puesto que la Tierra ya ha atado, el cielo también atará, puesto que la Tierra ya ha desatado, el cielo también desatará. La acción del cielo está gobernada por la acción de la Tierra. Todo lo que contradice a Dios necesita ser atado, y todo lo que está de acuerdo con Dios necesita ser desatado. Cualquiera que sea el asunto que haya de ser atado o desatado, la acción de atar o desatar comienza en la Tierra. La acción de la Tierra precede a la acción del cielo, porque la Tierra gobierna al cielo.

Utilicemos algunos ejemplos del Antiguo Testamento para ilustrar cómo la Tierra gobierna al cielo. Cuando Moisés, en la cumbre del collado, alzaba la mano, Israel prevalecía; pero cuando bajaba la mano, Amalec prevalecía (ver Éxodo 17: 19-11). ¿Quién decidía la victoria o la derrota de la batalla que se libraba al pie del collado? ¿Era Dios el que la determinaba o era Moisés? Aquí vemos el

principio de acuerdo con el cual Dios obra, el secreto de su acción: cualquier cosa que Él quiera, si el hombre no la quiere, Él no la hará. No podemos hacer que Dios haga lo que Él no quiere hacer, pero podemos impedirle que haga lo sí quiere hacer. En el cielo, el asunto es decidido por Dios, pero delante de los hombres es decidido por Moisés. En el cielo, Dios quiere que los hijos de Israel ganen; sin embargo, en la tierra, si Moisés no sostiene su mano arriba, Israel será derrotado; pero si la sostiene, Israel ganará. La tierra gobierna al cielo.

“Así ha dicho Jehová el Señor: Aún será solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños” (Ezequiel 36:37). Dios tiene el propósito de aumentar el número de la casa de Israel como se multiplican los rebaños. Los que no conocen a Dios dirán que si Él quiere multiplicar la casa de Israel como un rebaño, ¿por qué simplemente no la multiplica, pues quién puede oponerse a Él? Pero aquí tenemos el principio que Dios declara: que si la casa de Israel le solicita que haga eso, lo hará para ellos. El principio es inequívoco: Dios tiene un propósito ya determinado, pero Él no lo llevará a cabo inmediatamente, hasta que se lo pida la casa de Israel. Él quiere que la Tierra gobierne al cielo.

Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Formador: *“Preguntadme de las cosas por venir, mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos”* (Isaías 45:11). Esta es una declaración sumamente asombrosa.

¿Nos sorprendemos? Con respecto a sus hijos y a su obra, Dios dice: “Mandadme”. La gente no se atreve a pronunciar esta palabra: “mandadme”, porque ¿cómo puede un hombre jamás mandar a Dios? Todos los que lo conocen comprenden que ninguna palabra presuntuosa debe pronunciarse jamás delante de Dios. Sin embargo, Él mismo nos ofrece su palabra: *“Mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos”*.

Esto no es otra cosa sino que Dios concede que la Tierra gobierne al cielo.

Obviamente, de ningún modo puede esto implicar que podemos forzar a Dios a que haga lo que *no* quiere hacer; de ninguna manera. Mas bien significa simplemente, que podemos mandarle que haga lo que Él *desea* hacer. Y sobre esta base nos afirmaremos. Por el hecho de conocer la voluntad de Dios, podemos decirle: “Dios, queremos que tú hagas esto, estamos determinados a que lo hagas, tú no puedes menos que hacerlo”. Y así nuestra oración será fuerte y poderosa. ¡Cuánto necesitamos pedirle a Dios que nos abra los ojos para que podamos comprender cómo se realiza su obra en esta dispensación! Porque durante esta era presente, todas las obras de Dios se basan en este principio: el cielo desea hacer, pero no actuará de inmediato; espera que la Tierra haga primero, para luego actuar. Aunque la tierra está en segundo lugar, sin embargo, también le corresponde el primero.

El cielo sólo se moverá después que la Tierra se haya movido. Porque Dios quiere que la Tierra gobierne al cielo.

UNA VOLUNTAD ARMONIOSA

Alguien podría estar inclinado a preguntar por qué Dios desea que la Tierra gobierne al cielo. Para entender tal deseo divino, necesitamos recordar que nuestro Dios está restringido por el tiempo. (Por tiempo, queremos dar a entender el período que transcurre entre las dos eternidades. Entre la eternidad pasada y la eternidad futura existe lo que llamamos tiempo.) En el tiempo, Dios no está libre para hacer lo que quiera. Esta es una restricción que Él sufre por haber creado al hombre. Según el relato de Génesis 2, Dios le dio al hombre libre albedrío cuando lo creó. Dios tiene su voluntad, pero el hombre también tiene la suya. Cuando la voluntad de un hombre no está de acuerdo con la voluntad de Dios, instantáneamente Dios está siendo restringido. Supongamos, por ejemplo, que usted está completamente solo en un salón donde hay una mesa, sillas, el piso y el cielo raso. Usted no estará restringido en absoluto por esos objetos. Simplemente no pueden limitarlo. Ahora bien, Dios es el Dios de poder; Él puede hacer cualquier cosa. Si la Tierra estuviera llena sólo con cosas desprovistas de espíritu, Dios no estaría restringido en lo más mínimo. Un día, sin embargo, Él creó al hombre. Esta creación es diferente de un trozo de piedra o de un segmento de madera; el hombre no es como una mesa ni como una silla, que son incapaces de imponer resistencia a la voluntad de Dios de colocarlas o moverlas donde a Él le plazca. El hombre que

Dios creó posee libre albedrío. Puede decidir si oye o no oye a Dios, porque Dios no creó a un hombre que por obligación tenga que oírlo. Habiendo creado al hombre con tal libre albedrío, el poder de Dios está, en consecuencia, restringido por este hombre. Él no puede hacer automáticamente lo que quiera, sino que tiene que preguntarle al hombre si este también quiere. Dios no puede tratar al hombre como si fuera madera, o piedra, una mesa o una silla. Simplemente, porque el hombre tiene libre albedrío.

Desde el día en que Dios creó al hombre, y hasta este mismo momento, la voluntad libre del hombre puede permitir o impedir que se cumpla la autoridad de Dios. Por esta razón, por lo tanto, podemos decir que durante este período que llamamos tiempo, que se extiende entre las dos eternidades, la autoridad de Dios es restringida por el hombre.

¿Por qué debe Dios estar restringido en el tiempo? Porque Él sabe que en la segunda eternidad, la que ha de venir, tendrá una voluntad armoniosa; es decir, concorarán el libre albedrío del hombre y la voluntad de Dios. Esta es la gloria de Dios. Una ilustración pudiera ser útil en este punto. Si usted coloca un libro sobre una mesa, allí permanecerá. Si lo coloca en un anaquel, allí se quedará también. El libro lo obedece a usted absolutamente. Sin embargo, usted no estará satisfecho con tal clase de obediencia, puesto que es totalmente pasiva, por cuanto carece del elemento de la voluntad. Del mismo

modo, Dios no se complace en que el hombre que Él creó sea manejado pasivamente como si fuera un libro. Sí, Él quiere que el hombre lo obedezca plenamente, y sin embargo, le dio el libre albedrío. Él desea que el hombre ejerza su libre albedrío para decidirse a obedecer. ¡Y esta es la gloria de Dios!

En la eternidad futura, la libre voluntad del hombre llegará a ser una con la eterna voluntad de Dios. Entonces, cuando se cumpla el propósito eterno de Dios, el libre albedrío del hombre llegará a estar en perfecta armonía con la eterna voluntad de Dios. En la vida de cada hombre hay una voluntad libre, y cada voluntad libre querrá que se cumpla la voluntad de Dios. En la eternidad por venir, el hombre aún tendrá su libre voluntad, sin embargo, estará al lado de Dios. Él puede oponerse a Dios, pero no se opondrá. ¡Aleluya! El hombre en verdad posee la libertad de oponerse a Dios; sin embargo, no se opondrá. Lo que el hombre haga, será lo que Dios desea hacer. Ahora bien, ¡una voluntad tan armoniosa como esta es en verdad la gloria de Dios!

En la eternidad que ha de venir, la voluntad del hombre será aún libre; pero estará en concordancia con la de Dios. Entonces no habrá voluntad que no esté sujeta a la autoridad de Dios. En el tiempo, sin embargo, Dios está restringido por el hombre. El hombre no quiere hacer lo que Dios quiere. Si Dios quiere hacer mucho, el hombre sólo quiere hacer poco; si Dios desea obrar en forma grandiosa, el hombre quiere obrar

en forma minúscula; o viceversa, según el caso. ¡Cuán cierto es que Dios no está libre! En el tiempo, la acción de Dios está gobernada por el hombre. Cuando hablamos del hombre en este caso, por supuesto, nos referimos a la Iglesia. Durante el período que se llama tiempo, todas las acciones de Dios están gobernadas por la Iglesia, porque la Iglesia ha de representar al hombre en la eternidad venidera. Hoy la Iglesia está sobre la Tierra para realizar la voluntad de Dios. Si ella puede satisfacer su voluntad, Dios no será restringido. Pero si ella es incapaz de llegar a la estatura de esa voluntad, Dios será restringido. Porque Dios quiere hacer todo lo que quiere hacer a través de la Iglesia.

Hoy la Iglesia toma por adelantado el lugar que el hombre ha de ocupar en la eternidad. En la eternidad venidera, aunque la voluntad del hombre será aún libre, él, sin embargo, estará absolutamente al lado de Dios. La Iglesia hay descansa sobre esa base futura. Así como Dios podrá manifestarse en la eternidad a través de la Nueva Jerusalén, la esposa del Cordero, así puede ahora manifestarse a través de la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Aunque la Iglesia posee libre albedrío, ella lo somete completamente a la autoridad de Dios, como si aparte de la voluntad de Dios no hubiera otra voluntad. Lo que Dios quiera hacer, se hará. Por el hecho de que la Iglesia hay someta su voluntad completamente a la de Dios, Dios puede actuar como si ya estuviera en la eternidad venidera, ya que entonces no habrá otra voluntad en el universo que se le oponga. Esta es la gloria de Dios.

En esto vemos la posición que tiene la Iglesia delante de Dios. No releguemos a la Iglesia hasta el punto de considerarla simplemente como un culto. No, la Iglesia es un grupo de personas que han sido redimidas por la preciosa sangre, que han sido regeneradas por el Espíritu Santo, y que entretanto se han entregado en las manos de Dios, aceptando con gozo su voluntad, haciendo con alegría su voluntad y permaneciendo con regocijo sobre la Tierra para que Él mantenga su testimonio.

Necesitamos reconocer que la obra de Dios se cumple hay en conformidad con ciertos principios definidos; está en concordancia con una ley específica, es decir, que por consideración al libre albedrío en la Tierra, Dios se niega a usar su propia voluntad para dominar al hombre. No nos sorprendamos de ningún modo por este hecho. Dios está en el cielo; sin embargo, todos sus movimientos sobre la Tierra deben ser decididos y acordados por la voluntad que hay sobre la Tierra. Dios no pasará por alto la voluntad que está sobre la Tierra, ni la apartará para obrar independientemente. En todos los asuntos relacionados con Él, Dios no obrará hasta que obtenga la cooperación de la voluntad que está sobre la Tierra. Porque la Tierra lo desea, Dios lo hará; porque la Tierra lo decide, Dios actúa. Él tiene que contar con que la voluntad del hombre esté en armonía con su voluntad. ¡Y tal armonía de voluntades constituye en verdad la mayor gloria de Dios!

TRES PRINCIPIOS GRANDIOSOS

Ya hemos dicho que Dios tiene su voluntad concerniente a todas las cosas, pero que Él no hará por sí solo e independientemente. Él sólo actuará después que la libre voluntad que hay sobre la Tierra responda a su voluntad. Si sólo existiese la voluntad del cielo, Dios no se movería; el movimiento celestial sólo se realizará en la Tierra cuando Él esté seguro de que en la Tierra existe la misma voluntad. Esto es lo que llamamos hay el ministerio de la Iglesia. Los creyentes en Cristo necesitan comprender que el ministerio de la Iglesia no consiste meramente en la predicación del Evangelio; muy ciertamente la incluye, no nos equivoquemos en cuanto a esto; pero el ministerio de la Iglesia también incluye el hacer descender a la Tierra la voluntad que está en el cielo. Pero exactamente ¿cómo realiza esto la Iglesia? Mediante la oración en la Tierra. La oración no es algo pequeño, insignificante, no esencial, como algunos tienden a pensar. La oración es una obra. La Iglesia le dice al Señor: “Dios, queremos que se haga tu voluntad”. Esto es lo que se llama oración. Después que la Iglesia conoce la voluntad de Dios, abre su boca para pedir que se haga esa voluntad. Esto es la oración. Si la Iglesia no tiene este ministerio, no es muy útil sobre la Tierra.

Muchas oraciones devocionales, de comunión y de petición, no pueden servir como sustituto para la oración como un ministerio u obra de la Iglesia. Si todas nuestras

oraciones son simplemente de devoción, o de comunión, o para pedir, nuestra oración es demasiado reducida. La oración como obra o ministerio significa que nos colocamos al lado de Dios, y deseamos lo que Él desea. La oración hecha conforme a la voluntad de Dios es lo más poderoso que existe. Porque el hecho de que la Iglesia ora, significa que ha descubierto la voluntad de Dios y ahora la está expresando. La oración no es sólo pedirle a Dios; también es hacer una declaración. Cuando la Iglesia ora se coloca al lado de Dios y declara que lo que el hombre quiere es lo que Él quiere. Si la Iglesia declara esto, tal declaración se hará efectiva de inmediato.

Consideremos ahora los tres principios grandiosos de la oración que encontramos en Mateo 18: 18-20.

I) PRONUNCIAR LA VOLUNTAD DE DIOS

“... *todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo*” (versículo 18). ¿A quienes se refieren los verbos “atéis” y “desatéis”, que están en la segunda persona del plural? A la Iglesia, pues en el versículo anterior el Señor menciona a la Iglesia. De manera que esto es una continuación del versículo 17. Por tanto, el significado del versículo 18, que estamos considerando, es el siguiente: cualquier cosa que vosotros la Iglesia atéis, será atada en el cielo, y cualquier cosa que vosotros la Iglesia desatéis en la Tierra, será desatada en el cielo.

Aquí descansa un principio de suma importancia: Dios obra a través de la Iglesia hoy. Él no puede hacer lo que quiera, a menos que lo haga por media de la Iglesia. Este es un principio de lo más sobrio. Hoy Dios no puede hacer las cosas por sí mismo, porque existe otra voluntad libre; sin la cooperación de tal voluntad, Dios no puede hacer nada. La medida del poder de la Iglesia de hoy determina la medida de la manifestación del poder de Dios. Porque el poder de Él se manifiesta ahora a través de la Iglesia. Dios se ha colocado en la Iglesia. Si ella puede alcanzar una posición sublime y grande, la manifestación del poder de Dios también puede alcanzar tal posición sublime y grande. Si la Iglesia no puede llegar a una posición sublime y grande, entonces Dios tampoco puede manifestar su poder con sublimidad y grandeza.

Todo este asunto puede compararse con el flujo de agua en la casa de uno. Aunque el tanque de agua de la compañía del acueducto sea grande, su flujo está limitado al diámetro del tubo de agua que haya en la casa de uno. Si una persona desea una mayor circulación de agua, tiene que aumentar el diámetro de su tubería. En el día de hoy, el grado de la manifestación del poder de Dios está gobernado por la capacidad de la Iglesia. Así como en un tiempo pasado, cuando Dios se manifestó en Cristo, la manifestación de Dios era tan grande como la capacidad de Cristo; así ahora, la manifestación de Dios en la Iglesia está igualmente circunscrita, esta vez por la capacidad de la Iglesia. Cuanto más grande sea la capacidad de

la Iglesia, tanto mayor será la manifestación de Dios, y más pleno el conocimiento de Él.

Necesitamos comprender que en todas las cosas que Dios obra hoy en la Tierra, busca que la Iglesia esté con Él, y luego hará la obra a través de ella. Dios no ejecutará nada independientemente; cualquier cosa que hace hoy, la hace con la cooperación de la Iglesia. Ella es el medio por el cual Dios se manifiesta.

Repitamos que la Iglesia es como un tubo de agua. Si el tubo es de pequeño diámetro, no podrá conducir mucha agua, aunque la fuente del acueducto sea tan abundante como un gran río. Dios en el cielo se propone hacer algo, pero no lo hará hasta que haya movimiento en la Tierra. ¡Cuántas cosas quiere Dios atar y desatar en el cielo! Muchas son las personas y las cosas que se le oponen; y Dios espera que todas estas sean atadas. También son muchas las personas y las cosas que son espirituales, valiosas, útiles, santificadas, y que son de Dios. Él espera que estas sean desatadas. Pero aquí precisamente surge un problema: ¿habrá un hombre en la Tierra que ate lo que Dios quiere atar, y desate lo que Dios intenta desatar? Dios quiere que la Tierra gobierne al cielo.

Esto no implica que Dios no sea todopoderoso, pues Él es en realidad el Dios Todopoderoso. Sin embargo, la totalidad del poder de Dios sólo puede manifestarse en la Tierra a través de un canal. No podemos aumentar el poder de Dios, pero sí podemos impedirlo. El hombre no

puede incrementar el poder de Dios, sin embargo, puede obstruirlo. No podemos pedirle a Dios que haga lo que Él no quiere; sin embargo, podemos restringirlo de hacer lo que quiere. ¿Comprendemos esto realmente? La Iglesia tiene un poder con el cual puede manejar el poder de Dios. Puede permitir que Dios haga lo que Él quiere, o puede prohibirle que lo haga.

Nuestros ojos necesitan tener una previa vislumbre del futuro. Un día Dios extenderá su Iglesia para que sea su Nueva Jerusalén, y entonces su gloria será plenamente manifestada a través de la Iglesia, sin encontrar ninguna dificultad. Hoy Dios quiere que la Iglesia desate en la Tierra primero, antes de Él desatar en el cielo; quiere que ella ate en la Tierra primero, antes que Él ate en el cielo. El cielo no comenzará a hacer las cosas. Sólo seguirá a la Tierra cuando esta obre. Dios no comenzará primero; en su operación Él sólo sigue a la Iglesia. ¡Ah! Si este es el caso, ¡qué tremenda responsabilidad tiene la Iglesia!

Como ya se indicó, Mateo 18: 15-17 se refiere a un caso individual; lo que sigue, sin embargo, constituye un gran principio. La situación particular es la siguiente: un hermano ha pecado contra otro; sin embargo, el primero no reconoce que ha pecado, ni confiesa su falta. Cuando se niega a reconocer su falta delante de la Iglesia, es considerado como gentil y publicano. Ahora bien, el hermano que ha pecado, probablemente replicará: ¿quién es usted? Si usted (la Iglesia local) me considera gentil y

publicano, no volveré al culto. Si no puedo venir a su culto, hay otros cultos a los que puedo ir”.

Pero notemos aquí lo que el Señor Jesús dice como respuesta: *“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”*. Por tanto, cuando la Iglesia juzga a una persona como gentil, Dios en el cielo también la juzga como gentil. Cuando la iglesia considera a un hermano que ofende, como un publicano, Dios en el cielo de igual modo lo considera como publicano. En otras palabras, lo que la Iglesia hace en la Tierra, Dios también lo hace en el cielo.

Entonces, aquí tenemos tanto un caso particular como un principio de gobierno. Nuestro Señor sólo está citando el caso para probar el principio general. Y el principio general es cualquier cosa que la Iglesia haga en la Tierra. Dios de igual manera lo hará en el cielo. Si la Iglesia trata a un hermano como gentil y publicano, Dios en el cielo también lo tratará como tal. Este principio no sólo es aplicable en este caso, sino en muchos otros. El incidente expresado aquí sólo sirve como ejemplo.

La Iglesia es el vaso escogido por Dios en el cual está depositada su voluntad, para que ella pueda pronunciar en la Tierra la voluntad de Dios. Si la Tierra quiere, el cielo también querrá. Si la iglesia quiere, Dios también querrá. Por esta razón, lo que Dios desea realizar en el cielo no

será realizado en la Tierra si Él encuentra dificultad en la Iglesia.

Hay muchos hermanos y hermanas que llevan sobre sí cargas pesadas desde la mañana hasta la noche. Están tan cargados porque no oran. Cuando se abre una llave de agua, el agua fluye; pero cuando se cierra, el agua queda cortada. Ahora pensemos un momento: ¿cuál presión de agua es mayor? ¿La que se genera para poner en circulación el agua, o la que se genera para retenerla? Todos sabemos que cuando sale el agua, la presión decrece, en tanto que cuando su paso se bloquea, la presión aumenta. De igual modo, cuando la Iglesia ora, es como abrir el grifo; cuanto más esté abierto, tanto más disminuye la presión. De igual modo, si la Iglesia no ora, es como si se obstruyera el tubo de agua: la presión gradualmente se elevará. Cada vez que Dios desee hacer algo, colocará una carga sobre un hermano, una hermana o sobre toda la Iglesia local. Si la Iglesia ora y cumple su ministerio, cuanto más ora, más liviana se hace la carga. Y después de orar diez o veinte veces, su carga interna será grandemente aliviada. Pero si la Iglesia no era, sentirá la pesada carga, y se sofocará como si se estuviera muriendo.

En vista de esto, hermanas y hermanos, cada vez que ustedes se sientan cargados y sofocados interiormente, sepan que no es por otra razón que por el no haber cumplido su ministerio delante de Dios. Si esta carga existe sobre ustedes, traten de orar una hora o media hora, y

hallarán que su respiración se normaliza otra vez, por cuanto la presión habrá disminuido grandemente.

¿En qué consiste entonces el ministerio de oración de la Iglesia de Cristo? Consiste en que Dios diga a la Iglesia qué es lo que Él desea hacer, para que la Iglesia en la Tierra pueda orar por ello. Tal oración no consiste en pedirle a Dios que haga lo que *nosotros* queremos hacer, sine que haga lo que *Él* quiere hacer. Comprendamos que la Iglesia debe declarar en la Tierra la voluntad de Dios en el cielo. La Iglesia debe declarar en la Tierra que esa voluntad de Dios es lo que ella quiere. En caso de que falle en este punto, será de muy poco valor en las manos de Dios. Aunque insista en otros asuntos, la Iglesia será de poco uso para Dios, si no es eficaz en este asunto. El supremo uso de la Iglesia para Dios es permitir que la voluntad de Él se haga en la Tierra.

2) ARMONÍA EN EL ESPÍRITU SANTO

Hemos visto que la Iglesia de Cristo debe atar lo que Dios quiere atar, y desatar lo que Dios quiere desatar. Sin embargo, ¿cómo debe la Iglesia realmente atar y desatar? “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (versículo 19). El versículo anterior hace hincapié tanto en la Tierra como en el cielo, y este versículo también. El versículo 18 se refiere a que el cielo ata o desata lo que la tierra ate o desate; pero lo mismo dice el

versículo 19, que declara que el Padre celestial hará lo que la Tierra pida. Nótese que lo que el Señor Jesús está destacando aquí no es simplemente un acuerdo para pedir una cosa, sine más bien un acuerdo en la Tierra tocante a *cualquier cosa** que pidieren. Él no quiere decir que dos personas se pongan de acuerdo en la Tierra tocante a cierta cosa y luego la pidan; no, lo que el Señor Jesús está diciendo es que, si se ponen de acuerdo sobre *cualquier cosa**, entonces cualquier punto *particular* que pidan, les será hecho por su Padre que está en los cielos. Esto es lo que se llama la unidad del cuerpo, o pudiera decirse, la unidad en el Espíritu Santo.

Si un individuo no ha vencido la carne, se considerará como un superhombre y, en su propia opinión, el cielo tiene que oírlo. No; si usted no está en la unidad del Espíritu Santo, ni está orando en la armonía del Espíritu Santo, espere y vea si el cielo lo oye en absoluto. Puede orar, pero el cielo no atará lo que usted ate, ni desatará lo que usted desate. Porque esto no es algo que usted sea capaz de hacer por sí mismo. Si usted piensa que puede hacerlo solo, eso claramente es necedad. Pues lo que el Señor declara es lo siguiente: “Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”. Esto significa que si dos de ustedes están en armonía en todas y cada una de las cosas -una armonía como la de la música-, entonces, cualquier cosa que pidan les será hecha por el Padre celestial. Para hacer tal clase de oración se necesita la obra del Espíritu Santo en las personas que

oran. Es decir, yo, como uno de los hermanos, soy llevado por Dios hasta el punto en que me niego todos mis deseos y sólo ansío lo que el Señor quiere. Él y yo, yo y él, somos ambos llevados hasta un punto en que hay tal armonía como en la música. Y entonces, todo lo que pidamos, Dios en el cielo nos lo dará.

No se imagine que, simplemente tan pronto nos pongamos de acuerdo sobre algún asunto para orar (sin la previa armonía en el Espíritu Santo), nuestra oración será oída. Así no es. Las personas que tienen la misma idea, a menudo tienen muchos conflictos. El solo hecho de tener la misma meta no garantiza la ausencia de discordia. Puede ocurrir de dos personas, que ambas quieren predicar el Evangelio, pero aún así pueden reñir entre sí. Dos personas pueden desear grandemente ayudar a otros, y sin embargo, puede haber fricciones entre ellas. La igualdad de propósito no significa necesariamente armonía. Debemos comprender que en la carne no hay posibilidad de armonía. Sólo cuando el Señor se ocupa de nuestra vida carnal, y comenzamos a vivir en el Espíritu Santo -que yo viva en Cristo y que usted igualmente viva en Él-, tendremos armonía, y sólo entonces podremos orar de acuerdo sobre determinado asunto.

Aquí, pues, hay dos aspectos de una misma cosa: el primero es estar en armonía con respecto a todas las cosas; el segundo es pedir cualquier cosa. Necesitamos ser llevados por Dios a un punto como este. Aparte del cuerpo

de Cristo, no hay lugar en que pueda hallarse la armonía cristiana. La armonía está en el cuerpo de Cristo. Sólo allí existe la ausencia de rivalidad, sólo allí está la armonía. Si el Señor trata con nuestra vida carnal, y somos llevados a conocer lo que realmente es el cuerpo de Cristo, entonces estamos en armonía, y nuestra oración conjunta también estará en armonía. Porque estamos en el plano de la armonía, también estamos de acuerdo con cualquier asunto en particular. Puesto que lo que vemos es armonioso, estamos capacitados para ser voceros de la voluntad de Dios. Hermanas y hermanos, cuando ustedes estén orando por cierto asunto, si tienen diferencias de opinión, tengan cuidado no sea que cometan un error. Sólo cuando toda la Iglesia se reúne y se pone de acuerdo en cuanto a ese asunto, hallamos que el cielo quiere hacerlo. Por tanto, por esta razón, confiemos en la Iglesia local. Recordemos que la oración no es lo que debe hacerse. La oración le sigue los pasos a la armonía. Si la Iglesia desea tener tal ministerio de oración en la Tierra, todos y cada uno de los hermanos y hermanas deben aprender a negar la vida de la carne delante del Señor; de otro modo, la Iglesia no será eficaz. La palabra que el Señor Jesús nos da aquí es sumamente maravillosa. Él no dice que si uno pide en el nombre de Él, el Padre lo oirá; ni tampoco dice el Señor que Él orará por ellos para que el Padre conteste. Más bien declara: *“Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos”*. ¡Oh! ¡Si realmente nos pudiéramos de acuerdo, las puertas del cielo se abrirían!

Aquí está un hermano que peca contra otro. Antes que la Iglesia comience a tratar con él, el hermano contra el cual se cometió la ofensa va con otro hermano o dos para persuadirlo a que se arrepienta. Estos dos hermanos van a hablar con aquel hermano que ha pecado, antes que la Iglesia siquiera comience a tratar el caso. Sin embargo, eso no significa que estos dos hermanos piensan de una manera diferente a la Iglesia; sólo significa que ellos ven el asunto antes que la Iglesia, pues subsiguientemente, la Iglesia ve la situación exactamente del mismo modo. Dicho en otros términos, estos dos hermanos están en el plano de la Iglesia. Lo que el Señor quiere decir es que ellos dos representan a la Iglesia en la Tierra. Lo que la Iglesia percibe está perfectamente de acuerdo con lo que estos dos hermanos perciben. Este es el ministerio de oración. Ellos tienen que ponerse de acuerdo en todas las cosas cualesquiera que sean, y deben orar de acuerdo sobre ese asunto en particular.

La oración como ministerio de la Iglesia consiste en orar en la Tierra de tal modo que se produzca acción en el cielo. Debemos recordar que este tipo de oración de la cual se nos habla en Mateo 18, definitivamente no está incluida en la oración de devoción, ni en la oración personal privada. Muchas veces tenemos necesidades personales por las cuales pedimos a Dios y Él nos responde. En realidad la oración personal tiene su lugar. De igual modo, a menudo sentimos que Dios está cerca. Gracias a Dios que Él oye nuestros pedidos devocionales. Tampoco debe despreciarse este hecho. Incluso reconocemos que si

la oración de una hermana o un hermano no es contestada, o si tal persona no siente que Dios está cerca, algo anda mal. Debemos poner atención a la oración personal e igualmente a la que hacemos por devoción. Especialmente los nuevos creyentes en Cristo, no podrán correr la carrera que tienen par delante, si carecen de la oración personal y devota.

Aún así, necesitamos comprender que la oración no es sólo para el uso personal, ni sólo tiene el propósito de servir para la devoción. La oración es un ministerio, una obra. Esta oración en la Tierra es el ministerio de la Iglesia, es su trabajo. Es la responsabilidad de ella delante de Dios, porque su oración es la salida del cielo. ¿Cuál es la oración de la Iglesia? Dios desea hacer algo, y la Iglesia en la Tierra ora por eso con anticipación, de modo que pueda ser realizado en la Tierra, para que así cumpla el propósito de Dios.

El ministerio de la Iglesia es el ministerio del cuerpo de Cristo, y ese ministerio es la oración. Este tipo de oración no es la que se hace por devoción ni por alguna necesidad personal; más bien es la que se hace a favor del "cielo". Ahora bien, lo que significa una oración de esta naturaleza, en el caso que estamos considerando, es lo siguiente: aquí está un hombre que ha perdido la comunión, debido a que se niega a oír la persuasión de un hermano, el consejo de otros dos o tres hermanos, y finalmente el criterio de la Iglesia local. Dios, por tanto, derramará sobre él un juicio por considerarlo gentil

y publicano; sin embargo, Dios no actuará inmediatamente, sino que esperará hasta que la Iglesia ore en ese sentido, y entonces Él lo hará en el cielo. Si la Iglesia toma en la Tierra la responsabilidad de orar como se acaba de indicar, con el tiempo se notará que la vida espiritual del que ofendió comenzará a secarse, como si desde ese momento en adelante no tuviera parte con Dios. Dios se encarga de hacer esto, pero Él espera que la Iglesia local ore.

Hay muchos asuntos que están archivados en el cielo, muchas transacciones se han quedado sin hacer, simplemente porque Dios no puede hallar su salida en la Tierra. ¡Quién sabe cuántos asuntos no terminados están en los cielos, que Dios no puede ejecutar, porque la Iglesia no ha ejercido su libre voluntad para pararse a su lado y realizar su propósito! Entendemos que la obra más noble de la Iglesia de Cristo, la mayor tarea que jamás pueda emprender, es servir de salida a la voluntad de Dios. Para que la Iglesia sirva de salida a la voluntad de Dios, tiene que orar. Este tipo de oración no es fragmentaria; es un ministerio de oración, la oración como un trabajo. Cuando Dios da la visión y abre los ojos de las personas para que vean su voluntad, entonces la gente comienza a orar.

Aquí nos muestra el Señor que la oración individual es inadecuada; se necesitan por lo menos dos personas para orar. Si no comprendemos esto, no podremos saber de qué está hablando el Señor. Las oraciones que

encontramos en el Evangelio según Juan son todas personales. Por ello hallamos palabras como las siguientes: “... *para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé*” (15:16). Aquí no se establece ninguna condición en cuanto al número de personas. En Mateo 18, sin embargo, se expresa una condición relacionada con el número de personas: por lo menos dos: “*Si dos de vosotros (...) en la tierra...*”, dice el Señor. Tiene que haber por lo menos dos, porque lo que se trata en este pasaje es un asunto de comunión. No es algo que hace una sola persona, ni es una persona la que sirve de salida a la voluntad de Dios; son dos.

El principio de dos personas es el principio de la Iglesia, que también es el principio del cuerpo de Cristo. Aunque tal tipo de oración la hacen dos personas, es indispensable que “se pongan de acuerdo”. Ponerse de acuerdo es estar en armonía. Los dos individuos deben estar en armonía, tienen que estar en el plano del cuerpo, y tienen que saber en qué consiste la vida del cuerpo. Estos dos individuos tienen sólo una meta, que es la de decir a Dios: “Queremos que se haga tu voluntad, como en el cielo, así también en la Tierra”. Cuando la Iglesia se afirme sobre esa base y ore en conformidad con ella, veremos que cualquier cosa que pidamos será hecha por el Padre celestial.

Cuando estemos verdaderamente en el plano de la Iglesia de Cristo y tomemos esta responsabilidad de la oración como un ministerio delante de Dios, la voluntad de Dios

se hará en la Iglesia local en que estemos. De otro modo, en vano existe la Iglesia local. Este tipo de oración, bien sea hecha por unos pocos o por muchos, debe ser una oración poderosa. Porque el grado en que Dios obra hoy, está gobernado por el grado de oración de la Iglesia. La manifestación del poder de Dios no puede exceder a la oración de la Iglesia. La grandeza del poder de Dios está circunscrita hoy por la grandeza de la oración de la Iglesia de Cristo. Esto no significa, por supuesto, que Dios en el cielo sólo tiene ese poder y nada más, porque obviamente, en el cielo su poder es ilimitado. Sólo en la Tierra, en la época presente, la manifestación de su poder depende de cuánto ora la Iglesia. El poder manifiesto de Dios sólo puede medirse por la oración de la Iglesia.

En vista de esto, la Iglesia de Cristo debe hacer grandes oraciones y grandes peticiones. ¿Cómo puede la Iglesia hacer una oración pequeña cuando se presenta ante un Dios de tanta abundancia? No puede hacer peticiones pequeñas ante un Dios tan grande. Acudir ante el gran Dios es esperar que ocurran grandes cosas. Si la capacidad de la Iglesia es limitada, sólo puede ayudar a restringir la manifestación del poder de Dios. Que se reconozca que el asunto de los vencedores no está aún completamente resuelto, ni Satanás ha sido aún arrojado al abismo sin fondo. Por tanto, para bien de su propio testimonio, Dios debe tener un vaso a través del cual pueda hacer todas sus obras. Es necesario que la Iglesia haga tremendas oraciones para que Dios se manifieste. Y este es el ministerio de la Iglesia.

Nos preguntamos si Dios, al visitar nuestro culto de oración, puede confirmar que este verdaderamente satisface al ministerio de oración de la Iglesia. Tenemos que comprender que no se trata del número de voces, es cuestión, más bien, de que haya peso. Si realmente comprendemos la responsabilidad de orar que tiene la Iglesia, no podemos sin confesar cuán inadecuada es nuestra oración, cómo hemos restringido a Dios y le hemos impedido que haga todo lo que Él quiere hacer. ¡La Iglesia de Cristo ha fallado en su ministerio! ¡Qué lamentable es esta situación!

El hecho de que Dios pueda tener o no una Iglesia que sea fiel en su ministerio, depende de si un grupo de personas se descalifican delante de Dios, o se convierten en verdaderos vasos de Él para la realización de su propósito. Queremos proclamar a gritos lo que Dios busca es la fidelidad de la Iglesia en su ministerio. El ministerio de la Iglesia es oración, no la oración de tipo común que consiste en pedir pequeñas cosas, sin aquella que prepara el camino de Dios. Es Dios el que desea hacer cierta cosa, pero la Iglesia prepara el camino con oración para que Dios disponga de una vía fácil. La Iglesia de Cristo debe hacer grandes oraciones, tremendas y poderosas oraciones. La oración no es un asunto liviano delante de Dios. Si la oración se centra siempre en uno mismo, en los problemas personales y en las pequeñas ganancias o pérdidas, ¿dónde puede existir el camino libre para que circulen Los eternos planes de Dios? Necesitamos profundizar en este asunto de la oración.

La expresión “dos de vosotros se pusieren de acuerdo no es nada superficial. Si no sabemos lo que es el cuerpo de Cristo, ni estamos afirmados sobre tal base, seremos ineficaces, aunque nos reunamos 200 personas para orar. Pero si en efecto comprendemos el cuerpo de Cristo, y estamos en el puesto que nos corresponde en el cuerpo, y nos negamos nuestra carne, no pidiendo nada para nosotros mismos, sino para que la voluntad de Dios se haga en la Tierra, veremos cuán armoniosa es esa oración. En esta forma, aquello que pedimos en la Tierra nos será hecho por el Padre que está en los cielos.

Notemos que el versículo 18 incluye las muy preciosas palabras “todo lo que”, y el versículo 19 igualmente tiene las preciosas palabras “cualquier cosa”. *“Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la Tierra, será desatado en el cielo”*. El Señor quiere decir que por cuanto la tierra ata, el cielo también ata; y por cuanto la Tierra desata, el cielo también desata. La medida de la Tierra decide la medida en el cielo. No tiene que existir el temor de que tal vez la medida de la Tierra sea demasiado grande, pues la medida del cielo siempre es intrínsecamente mayor que la de la Tierra y, por tanto, no existe posibilidad de que la medida de la Tierra sobrepase la del cielo. Lo que el cielo desea atar es invariablemente mucho más de lo que la Tierra desea atar; y lo que el cielo desea desatar siempre excede a lo que la Tierra quiere desatar. Tal atadura y tal desatadura son algo que está fuera del alcance de una sola persona en particular. Sólo pueden ocurrir *“si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en*

la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren”; y entonces *“les será hecho por mi Padre que está en los cielos”*.

El poder de Dios es para siempre superior a nuestro poder. El agua en los tanques del acueducto tiene sin duda más volumen que el agua en nuestros tubos. El agua en el pozo siempre es más abundante que el agua en el cubo nuestro. El poder del cielo nunca puede ser medido por la visión terrenal.

3) CONGREGADOS

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (versículo 20). Este es el tercer principio, y también el más profundo de los tres. En el versículo 18 tenemos un principio, en el 19 tenemos otro, y en el 20, otro más. El principio que se nos da en el versículo 20 es más amplio que el del versículo 19. ¿Por qué dice el versículo 19 que *“si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la Tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi padre que está en los cielos”*? La respuesta se nos da en el versículo 20: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en media de ellos”*. ¿Por qué hay un poder tan grande sobre la Tierra? ¿Por qué el orar en armonía tiene tan tremenda eficacia? ¿Qué es lo que proporciona a la oración armoniosa de dos o tres personas tanto poder? La razón de esto está en que dondequiera que somos convocados a reunirnos en el nombre del Señor, la presencia de Él mismo está allí. Esta es la causa del acuerdo. El versículo 18

se refiere a la relación entre la Tierra y el cielo; el versículo 19, a la oración armoniosa que se hace sobre la Tierra; y el versículo 20, a la causa de tal armonía.

Comprendamos que somos llamados a reunirnos. No nos reunimos por nuestra cuenta; somos llamados a reunirnos. Reunirnos nosotros mismos, y ser llamados a reunirnos, son dos cosas ampliamente diferentes. Ser llamados a reunirnos es ser llamados por el Señor a reunirnos. No acudimos por nuestra propia cuenta; más bien, el Señor nos convoca. Muchos acuden a un culto con la actitud de observar o asistir, y en consecuencia no reciben nada. Si alguno acude por cuanto el Señor le ha hablado, ese tendrá un sentido de pérdida si no acude. La gente que es así llamada por el Señor, se reúne en el nombre del Señor. Tales hermanos y hermanas pueden decir cada vez que se reúnen: “Padre, no estamos aquí por nuestra propia cuenta, sino en el nombre del Señor, con el propósito de glorificar a tu Hijo”.

Gracias a Dios, cuando todos se reúnen en el nombre del Señor, hay acuerdo, hay armonía. En el caso de asistir a una reunión por decisión propia, obviamente no habrá armonía. Pero si queremos que se haga lo que el Señor quiere, y no lo que nosotros queremos; y si rechazamos lo que el Señor rechaza, y no lo que nosotros rechazamos, entonces habrá acuerdo. De ahí que los hijos de Dios sean llamados por el Señor a reunirse. Se reúnen en su nombre. El Señor dice: “*Allí estoy yo en medio de ellos*”. Es el Señor el que dirige todo. Puesto que Él está

aquí dirigiendo, iluminando, hablando y revelando, por tanto, todo lo que se ata en la Tierra será atado en el cielo, y todo lo que se desata en la Tierra, será desatado en el cielo. Esto es así porque el Señor está aquí trabajando junta con su Iglesia.

En consecuencia, necesitamos aprender a negarnos a nosotros mismos delante del Señor. Cada vez que Él nos llama a reunirnos, debemos hacerlo en su nombre, porque su nombre está sobre todos los otros nombres. Todos los ídolos deben ser destruidos. Así él nos dirigirá.

Esto no es emoción ni teoría; son hechos. Si la Iglesia es normal, entonces en cada reunión, ella sabe que el Señor está presente. Cuando el Señor está presente, la Iglesia es poderosa y fuerte. En ese tiempo, la Iglesia puede atar o desatar. Pero si el Señor no está en media de ella, no puede hacer nada. Sólo la Iglesia posee tal poder. El individuo simplemente no lo tiene dentro de sí.

Que el Señor nos conceda una comprensión y una experiencia más profundas en la oración. La oración no es sólo personal o devocional; debe ser una obra y un ministerio. Que el Señor nos sostenga con su poder para que cada vez que nos reunamos, podamos trabajar con oración y cumplir el ministerio de oración de la Iglesia, a fin de que el Señor pueda hacer todo lo que Él quiera hacer.

* El significado en este caso no es el acuerdo *literal* con respecto a todas las cosas entre dos personas, sino la armonía en el Espíritu Santo, tal como la describe el autor en los párrafos que siguen (*Nota del traductor de la versión inglesa*).

CÓMO
DEBEMOS
ORAR



II

Y cuando ores no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la Tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo 6: 5-15).

Por lo general, de continuo hacemos hincapié en que las oraciones reciben contestación. Sin embargo, el Señor Jesús pone énfasis en que las oraciones reciben recompensa. ¿Cómo lo sabemos? Porque la palabra “recompensa” que se usa en el versículo 5 es la misma que se utiliza en el versículo 2 con respecto a las limosnas, y en el versículo 16 con al ayuno. Si la recompensa es la contestación a la oración, ¿entonces qué significa dicha palabra en relación con las limosnas y con el ayuno? A juzgar por el contexto, la recompensa aquí se refiere a la que se obtiene en el tiempo del reino. Aquí se nos indica que la contestación a la oración es secundaria, mientras la recompensa de la oración es primaria. Si nuestra oración está de acuerdo con la mente de Dios, no sólo será respondida, sino que también será recordada en el futuro, en el Tribunal de Cristo, para su recompensa. Y por tanto, la oración que se menciona aquí nos impartirá justicia, así como nos da respuesta hoy. En otras palabras, nuestra oración de hoy es nuestra justicia. Sin embargo, la justicia de la oración no se obtiene orando descuidadamente, sin piedad, habitualmente ni impropiamente. Por el contrario, el Señor nos enseña aquí que no debemos imitar las oraciones de dos clases de personas. Y también nos enseña una oración modelo.

NO COMO LOS HIPÓCRITAS

“Y cuando ores -dice el Señor-, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres”. La

oración es, en primer lugar, comunión con Dios para la manifestación de la gloria de Dios. Pero esos hipócritas usan la oración que debe glorificar a Dios para glorificarse a sí mismos; en consecuencia, les gusta orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles. Actúan de este modo para ser vistos de los hombres, puesto que las sinagogas y las esquinas de las calles obviamente son lugares públicos donde se reúne la gente. No oran para que Dios los oiga, sino para ser vistos de los hombres. Se proponen manifestarse ellos mismos. Tal oración es excesivamente superficial. No puede considerarse como una oración a Dios, ni como una comunión con Él. Puesto que el motivo de tal tipo de oración es recibir la gloria de los hombres, no está registrada delante de Dios y, por tanto, no obtendrá nada de Él. Ya han recibido su recompensa en la alabanza de los hombres, y por lo tanto no serán recordadas en el reino venidero. ¿Entonces cómo debemos orar? El Señor continúa: *“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”*. La palabra “aposento” es figurada en este caso. Así como las “sinagogas” y las “esquinas de las calles” sirven para representar lugares públicos, así el “aposento” representa un lugar oculto. Ciertamente uno puede hallar un aposento aun en las esquinas de las calles y en las sinagogas, o en un camino abierto así como en un automóvil. ¿Por qué? Porque un aposento es un lugar donde usted tiene comunión con Dios en secreto, y en el cual no despliega su oración a propósito. Las palabras “entra en tu aposento, y cerrada la puerta” significan cerrar la puerta para que el

mundo quede afuera y nosotros quedemos adentro. En otras palabras, debemos descartar todas las voces de afuera, y callada y silenciosamente orar a nuestro Dios.

“*Ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público*”. ¡Cuán consoladora es esta palabra! Para orar al Padre que está en secreto se necesita fe. Aunque usted no sienta nada exteriormente, usted cree que está orando al Padre que está en secreto. Él está en secreto, fuera de la mirada de los ojos humanos, sin embargo, también está realmente allí. Él no menosprecia la oración; está allí observando. Todo esto indica cuán atento es Él a nuestra oración. No sólo está observando. Incluso va a recompensarnos. ¿Puede usted creer esta palabra?

Cuando el Señor dice que “recompensará”, ciertamente recompensará. Él está presente para garantizar que la oración que se hace en secreto no será en vano. Si usted realmente ora, Él ciertamente lo recompensará. Aunque no parezca que hay ninguna recompensa hoy, vendrá un día cuando usted será recompensado. ¿Es su oración capaz de resistir el escrutinio de su Padre que está en secreto? ¿Cree usted que el Padre que está en secreto lo recompensará?

NO COMO GENTILES

El Señor no sólo nos enseña a no exhibirnos a nosotros mismos, sino que también nos instruye: “*Y orando no*

uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”. La expresión “vanas repeticiones” significa en griego repetir monotonías a la manera como habla un tartamudo.

Cuando oran, los gentiles repiten la misma palabra monótonamente. Tal oración es sólo sonido, pero sin significado. Cuando uno pasa cerca para oír la oración de ellos, oirá un sonido monótono y repetido como si estuviera cerca de una corriente y oyera el murmullo del agua contra las rocas, o como si fuera por una carretera llena de guijarros y oyera el interminable ruido de las ruedas del coche sobre ella. Los gentiles entonan las mismas palabras muchas veces. Piensan que serán oídos por su palabrería. Sin embargo, tal oración es vana e ineficaz. No debemos orar de esa manera.

Por esta razón, cuidémonos de que las palabras de sus oraciones en un culto de oración no estén desprovistas de significado. Cuando alguno ora, y usted no dice amén, tal persona lo acusará de no ser de un mismo sentir. Sin embargo, si usted dice amén a la oración de ese individuo, él usará esa palabra repetidamente. Su oración no está gobernada por la abundancia del corazón, sino por el grado de fervor que lo sostiene. No dice la oración con el fin de liberar una carga interna, sino para terminar un discurso. Muchas son las oraciones hechas por los hombres; muchas son las expresiones que sobrepasan al corazón. Repito que tal oración es como el sonido del murmullo del agua contra la roca, o como el

ruido de las ruedas del carruaje sobre la carretera de gujarros. Tal oración tiene sonido, pero no tiene significado. No debemos orar así.

“No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros la pidáis”. Este versículo nos muestra que depende de nuestra actitud delante de Dios, como también de nuestra necesidad real, el que nuestra oración sea oída por Dios o no. No depende de nuestras muchas o pocas palabras. Si lo que pedimos no es lo que necesitamos, nuestra oración no será contestada, por más que pronunciemos muchas palabras. El pedir sin necesidad revela avaricia; eso es pedir equivocadamente. Dios suplirá con mucho gusto lo que necesitamos, pero no está dispuesto a satisfacer nuestros deseos egoístas. ¡Cuán necia es la actitud de algunos individuos que dicen que ellos no necesitan orar, pues Dios conoce todas sus necesidades! Porque el propósito de la oración no es el de notificar a Dios, sino el de expresar nuestra confianza, nuestra fe, nuestra esperanza y el deseo de nuestro corazón. Por esto, debemos orar. Sin embargo, en nuestra oración el deseo de nuestro corazón debe exceder a la palabra de nuestros labios, y la fe debe ser más fuerte que la palabra.

“VOSOTROS, PUES, ORARÉIS ASÍ”

Ahora veamos cómo nos enseña el Señor a orar. Esta oración se conoce comúnmente como la oración del Señor.

Esta opinión está equivocada. Porque esta no es la oración propia del Señor; es la oración que Él nos enseñó. Esto está muy claramente establecido en Lucas 11: 1-4. Debemos aprender muy bien esta oración.

“Vosotros, pues, oraréis así”. Orar así no significa repetir estas palabras cada vez que oramos. No, el Señor no quiere dar a entender eso de ningún modo. Él nos está enseñando cómo orar, no está diciéndonos que repitamos estas palabras.

Desde que comenzó el mundo, a menudo se han ofrecido oraciones a Dios. Generación tras generación, vez tras vez, incontables personas han acudido a Dios en oración. Raras veces hay personas que oran bien. Muchos piensan en lo que ellos mismos desean tener; pocos ponen atención a lo que Dios quiere. Por esta razón, el Señor Jesús abre su boca para enseñarnos a orar como aquí lo indica. Y este tipo de oración tiene un tremendo peso, grandeza y profundidad. Ahora bien, a menos que no tengamos la intención de aprender, tenemos que aprender a orar “así”, si de alguna manera hemos de aprender a orar. Porque Dios vino a la Tierra para hacerse hombre, y por primera vez este hombre nos dice que sólo este tipo de oración es correcto.

El Señor quiere que oremos a “nuestro Padre que está en los cielos”. El nombre “Padre” es una nueva manera en que los hombres pueden dirigirse a Dios. Antes, los hombres lo llamaban, “el Dios Todopoderoso”, “el Altísimo”,

“el eterno Dios” o “Jehová Dios”; nadie se atrevía a llamar a Dios “Padre”. Sólo aquellos que son engendrados de Él son los hijos de Dios. Sólo ellos pueden dirigirse a Dios como “Padre”. Esta es una oración que se hace al “Padre nuestro que estás en los cielos” y, por tanto, la hacen los que se basan en que son hijos de Él. Cuán dulce y consolador es poder acudir a Dios y decirle: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Originalmente, sólo nuestro Señor Jesús podía llamar a Dios “Padre”; pero ahora, el Señor quiere que nosotros también lo llamemos “Padre nuestro”. Grande en verdad es esta revelación. Si no fuera por el hecho de que Dios nos amó tanto y dio a su hijo unigénito por nosotros, ¿cómo podríamos llamarlo jamás “Padre nuestro”? Gracias a Dios, por la muerte y resurrección de su Hijo, hemos llegado a ser hijos de Dios. Hemos obtenido una nueva posición. De aquí en adelante, nuestra oración se hace a nuestro Padre que está en los cielos. ¡Cuán íntimo, cuán libre y cuán exaltado es este hecho! Que el Espíritu del Señor nos dé mayor comprensión de Dios como Padre, y también la confianza de que nuestro Padre es a la vez amante y paciente. Él no sólo oirá nuestra oración, sino que hará que tengamos el gozo de orar también.

Esta oración puede dividirse en tres parte: la primera pertenece a las cosas de Dios, y es la oración que expresa los tres deseos de nuestro corazón para con Dios (versículos 9, 10), que son de naturaleza más básica; la

segunda atañe a nuestros propios asuntos, y está constituida por peticiones para que Dios nos proteja (versículos 11, 13a); en tanto que la tercera es nuestra declaración, es decir, nuestras alabanzas a Dios (versículo 13b). Consideremos cada una de estas partes por separado.

TRES DESEOS DE NUESTRO CORAZÓN PARA CON DIOS

La parte inicial se refiere a los tres deseos de nuestro corazón para con Dios.

El primerísimo deseo es: “*Santificado sea tu nombre*”. Dios tiene una expectación hoy: que nosotros pidamos que su nombre sea honrado. Su nombre es sumamente exaltado entre los ángeles; sin embargo, los hombres abusan descuidadamente de su nombre. Cuando los hombres toman su nombre en vano, Él no expresa su ira mediante truenos en los cielos. En vez de ello, Dios se esconde como si no existiera. Él nunca ha hecho nada contra los hombres porque ellos hayan tomado su nombre en vano. Pero quiere que sus propios hijos oren: “*Santificado sea tu nombre*”. Y esto lo haremos hasta el día en que todos santifiquen su nombre, y nadie se atreva a tomar su nombre en vano.

“*Santificado sea tu nombre.*” El nombre de Dios no es sólo un título que utilizamos con nuestra boca para dirigirnos a Él; es una gran revelación que recibimos del Señor. El nombre de Dios se usa en la Biblia para significar su

propia revelación a los hombres para que estos puedan conocerlo. Su nombre revela su naturaleza y manifiesta su perfección. Esto no es algo que el alma humana pueda comprender; es necesario que el mismo Señor nos lo manifiesta (vea Juan 17: 6). Él dice: *“He manifestado tu nombre a los hombres”*. Y también declara: *“Y les he dada a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos”* (Juan 17:26). Para conocer el nombre de Dios se necesitan repetidas revelaciones del Señor.

“Santificado sea tu nombre.” Este no es sólo el deseo de nuestro corazón, sino que también constituye nuestra adoración al Padre. Nosotros debemos tributar gloria a Dios. Debemos comenzar nuestra oración con alabanza. Antes de esperar su misericordia y su gracia, glorifiquemos a Dios. Que Él reciba la alabanza que corresponde a su perfección; y entonces recibiremos nosotros la gracia de Él. Lo preeminente y esencial de nuestra oración es que Dios reciba la gloria.

“Santificado sea tu nombre.” El nombre de Dios es vinculado con su gloria. *“Pero he tenido dolor al ver mi santo nombre profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde fueron”* (Ezequiel 36:21). El pueblo de Israel no había santificado el nombre de Dios; en vez de ello, había profanado su nombre dondequiera que fueron. Sin embargo, Dios tuvo consideración por su santo nombre. Nuestro Señor requiere que tengamos este santo deseo. En otras palabras, Él desea glorificar el nombre de Dios

a través de nosotros. El nombre de Dios tiene que ser santificado en el corazón de cada individuo, y entonces se profundizará nuestro deseo. La cruz debe hacer una obra más profunda en nosotros antes de poder glorificar el nombre de Dios. De otro modo, no podemos considerar esto como un santo deseo, sino como una fantasía extraña. Si este es el caso, ¿qué tratamiento y qué purificación necesitamos recibir!

El segundo deseo es: *“Venga tu reino”*. ¿Qué clase de reino es este? A juzgar por el contexto, se refiere al reino de los cielos. Al enseñarnos a orar: *“Venga tu reino”*, el Señor nos está diciendo que en el cielo existe el reino de Dios, pero en esta Tierra no, y por tanto, debemos pedir que Dios extienda los límites del reino de los cielos para que alcance a esta Tierra. En la Biblia se habla acerca del reino de Dios tanto en términos geográficos como históricos. La historia se relaciona con el tiempo, en tanto que la geografía se relaciona con el espacio.

Según las Escrituras, el factor geográfico del reino de Dios excede al factor histórico. *“Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios”* (Mateo 12:28). ¿Es este un problema histórico? No, es un problema geográfico. Dondequiera que el Hijo de Dios echó fuera demonios por el Espíritu de Dios, está el reino de Dios. Así que durante este período, el reino de Dios es más geográfico que histórico.

Si nuestro concepto del reino es siempre histórico, sólo hemos visto una parte de él; no lo hemos visto por completo. En el Antiguo Testamento, el reino de los cielos es meramente profecía. Con la venida del Señor Jesús, Juan el Bautista proclamó que el reino de los cielos estaba cerca. La misma proclamación la hizo el mismo Señor Jesús poco después. ¿Por qué? Porque aquí comienza a aparecer el pueblo del reino de los cielos. Y cuando llegamos a Mateo 13, el reino de los cielos incluso comienza a tener una manifestación externa sobre la Tierra. Hoy, dondequiera que los hijos de Dios echen fuera demonios por el Espíritu de Dios, y destruyan la obra de ellos, se halla el reino de Dios. El Señor nos enseña a orar: “Venga tu reino”, porque Él espera que el reino de Dios llene la Tierra.

“Venga tu reino.” Este no es sólo un deseo de la Iglesia, sino también una responsabilidad de ella. La Iglesia de Cristo debe traer el reino de Dios a la Tierra. Para cumplir esta tarea, la Iglesia tiene que estar dispuesta a pagar cualquier precio, sometiéndose a la restricción y al control del cielo, para que pueda servir como salida del cielo, dejando pasar la autoridad del cielo hacia la Tierra. Si la Iglesia ha de traer el reino de Dios, no debe ignorar las maquinaciones de Satanás (ver 2 Corintios 2: 11). Necesita estar vestida con toda la armadura de Dios para que pueda estar firme contra las asechanzas del diablo (Efesios 6: 11). Porque dondequiera que el reino de Dios desciende, los demonios serán echados de ese lugar. Cuando el reino de Dios gobierne sobre la Tierra

completamente, Satanás será arrojado al abismo (ver Apocalipsis 20: 1-3).

Puesto que la Iglesia tiene tan enorme responsabilidad, no es extraño que Satanás la ataque con todo su poder. Dios quiera que la Iglesia ore como los santos de antes, diciendo: “*Oh Jehová, inclina los cielos y desciende*” (Salmo 144:5). “*¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras!*” (Isaías 64:1). Que pueda decirle a Satanás: “*Apartaos de mí (...) al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles*” (Mateo 25:41).

El tercer deseo es: “*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*”. Esto revela que la voluntad de Dios se hace en el cielo, pero en la Tierra no se hace por completo. Él es Dios; ¿quién puede impedirle que la haga? ¿Es el hombre el que le impide a Dios, o es Satanás? Realmente ninguno puede impedirlo. Entonces, ¿por qué hacer esta oración? Para responder esta pregunta necesitamos ser claros sobre el principio de la oración.

A través de toda la Biblia se halla un número de principios básicos de verdad, entre los cuales está el principio de la oración. Ahora bien, reconozcamos inmediatamente que el mismo hecho de que la oración se halla en la Biblia es de lo más sorprendente. Aprendemos en las Escrituras que Dios sabe de antemano lo que necesitamos, ¿no es verdad? ¿Entonces, por qué oramos? Pues si Dios es omnisciente, entonces, según la lógica humana, ¡realmente no hay necesidad de que los hombres oren! Sin

embargo, esto es lo sorprendente de la Biblia: ¡que ella nos enseña que Dios desea que los hombres oren! En esto consiste la oración: Dios desea hacer algo, sin embargo no lo hará solo; espera hasta que los hombres oren en la Tierra por eso, y sólo entonces lo hará. Él tiene su propia voluntad y su propia manera de pensar; sin embargo, espera que los hombres oren. No quiere decir esto que Dios no conoce nuestra necesidad, sino que Él suplirá lo que necesitamos sólo después de que hayamos orado. Él no se moverá hasta que alguien ore.

Por consiguiente, la razón por la cual tenemos que orar es porque Dios espera que los hombres oren antes de hacer Él cualquier cosa. El Señor Jesús tenía que nacer, pero se necesitó que Simeón y Ana oraran (Lucas 2: 25, 36-38). El Espíritu Santo había de venir, pero 120 personas tuvieron que orar durante diez días (ver Hechos 1:15; 2: 1, 2). Tal es el principio de la oración. ¿Podemos, por medio de la oración, hacer que Dios haga lo que no quiere hacer? No, de ninguna manera. Sin embargo, Él desea que oremos antes de hacer aquello que Él desea.

Cuando Acab fue rey, la palabra del Señor vino explícitamente a Elías, diciendo: "... *yo haré llover sobre la faz de la tierra*". Sin embargo, Dios no hizo llover hasta que Elías hubo orado (ver 1 Reyes 18:1, 41-45). Dios se niega a cumplir su voluntad solo; Él quiere que nosotros oremos antes de ejecutarla. Entonces, ¿en qué consiste la oración? Es como sigue: en primer lugar, Dios tiene su voluntad; en segundo lugar, nosotros

encontramos su voluntad, entonces oramos; y tercero, cuando oramos, tenemos la seguridad de que Dios oye nuestra oración.

Cuán grandemente equivocado está el concepto de que al orar a Dios, el hombre inicia lo que él quiere que Dios haga. La Biblia nos indica que es Dios el que primero tiene un deseo; es Dios el que desea hacer algo. Él me hace conocer su voluntad para que yo pueda expresarla. Esto es lo que se llama oración. Aquí el Señor Jesús nos enseña a orar, porque Dios mismo desea que su nombre sea santificado, que venga su reino, que se haga su voluntad en la Tierra. Pero Dios no hará que esto suceda automáticamente; El espera que la Iglesia ore. Usted ora. Yo oro. Todos los hijos de Dios oramos. Y cuando esta oración llega al punto de saturación, entonces el nombre de Dios será santificado entre los hombres; su reino vendrá y su voluntad se hará en la Tierra así como en el cielo.

Los hijos de Dios tienen que aprender este tipo de oración. Deben estar siempre sensibles a lo que Dios quiere hacer. Aunque la voluntad de Dios ya está formada, Él, sin embargo, no la ejecutará hasta que la mente de sus hijos se conmueva y ellos expresen la voluntad de Él a través de la oración. Entonces comenzará a oír esa oración. Aunque el tiempo en que su nombre será santificado, su reino vendrá y su voluntad se hará en la Tierra corresponde a la edad del milenio, este tiempo puede apresurarse o demorarse de acuerdo a cómo oren los hijos de Dios. Y la razón básica de esto es que Dios

se niega a ejecutar su voluntad por sí solo. Más bien quiere que sus hijos en la Tierra oren antes de ejecutarla.

Muchas cosas pueden ser consideradas como voluntades fragmentarias de Dios, pero Dios tiene una voluntad suprema que incluye todas estas voluntades fragmentarias. Cuando estamos atentos a la suprema voluntad de Dios, con el tiempo se cumplirán todas estas voluntades fragmentarias. Dios tiene su voluntad en el cielo; el Espíritu Santo nos comunica esa voluntad, haciéndonos clamar a una voz: “¡Oh Dios, queremos que se haga esto!” Sólo entonces Dios lo hará. Esto es lo que nos dice la Biblia con respecto al principio de la oración.

La obra de Dios hoy está afectada por nuestra oración en la Tierra. Pidámosle que abra nuestros ojos para que podamos ver que la acción del cielo está influida por nuestra oración en la Tierra. Nuestro Señor explicó este misterio de Dios que estaba escondido a través de los siglos. Si estamos dispuestos a ofrecernos, a pasar tiempo en oración, pronto comprenderemos que esa oración no sólo será oída por Dios, sino que también será recompensada en el futuro.

La voluntad de Dios es como el agua de un río, nuestra oración es como un canal. Si nuestra oración es suficientemente grande, la respuesta de igual modo será grande; si nuestra oración es limitada, la respuesta también será restringida. El avivamiento de Gales que se produjo en 1903 y 1904, puede considerarse como el mayor en la

historia de la Iglesia. Dios utilizó a un minero, Evan Roberts, como un vaso para esta gran obra de avivamiento. Roberts no poseía mucho conocimiento, pero su oración era sumamente profunda. Posteriormente, se retiró del trabajo en público durante unos siete u ocho años. Un día, un hermano se encontró con él y le preguntó qué había estado haciendo durante esos años. Evan respondió con una sola declaración: “He estado orando la oración del reino”.

¿Comprendemos nosotros que, sin la oración, el reino no vendrá? Si el canal está bloqueado, ¿puede fluir el agua? A través de la oración que el Señor nos enseña, se nos revela el pensamiento de Dios y lo que Él demanda. Cuando la voluntad de los hijos de Dios sea completamente una con la voluntad de Dios, el reino de Dios realmente vendrá y su voluntad se hará en verdad en la Tierra así como en el cielo.

TRES PETICIONES PARA NOSOTROS MISMOS

En la segunda parte de la enseñanza de Jesús sobre la oración, tenemos tres peticiones para nosotros mismos.

Ante todo leemos: “*El pan nuestro de cada día dánoslo hoy*”. Algunos tienen dificultad para entender cómo el Señor puede enseñarnos a orar en el nombre de Dios, por el reino de Dios y por la voluntad de Dios, y luego de repente volverse a un asunto como el pan nuestro de cada día. El descenso en la oración desde tan sublimes

alturas a un nivel tan mundano, se parece a un repentino descenso de tres mil metros. Pero reconozcamos que hay una razón muy buena para ello.

El Señor tiene en cuenta a la persona que pertenece verdaderamente a Dios y ora constantemente por el nombre, el reino y la voluntad de Dios. Puesto que tal oración es tan esencial, el que ora invariablemente atraerá sobre sí el ataque de Satanás. Por tanto, hay un asunto por el cual es necesario orar: el pan cotidiano. El alimento es la necesidad inmediata del hombre; y puede constituir una gran tentación. Cuando el pan cotidiano de una persona llega a ser un problema, constituye una tentación excesivamente grande. Por una parte, deseamos que el nombre de Dios sea santificado, y oramos para que venga su reino y para que su voluntad se haga en la Tierra; por otra, como personas aún vivimos en la Tierra, y tenemos necesidad del pan de cada día. Satanás conoce esta necesidad nuestra. Esta es la razón por la cual debemos hacer esta oración de protección. Esta es una oración que el creyente hace por sí mismo, pidiendo al Señor protección. De otro modo, mientras él hace tan trascendental oración, puede ser atacado por el enemigo. Satanás puede asaltarnos en este aspecto. Si tenemos necesidad del pan cotidiano, y somos asaltados por tal situación, nuestra oración será afectada. Dios quiera que veamos la necesidad de esta oración. Mientras estemos aquí en la Tierra como seres humanos, nuestros cuerpos tienen necesidad del alimento diario. En consecuencia tenemos que pedirle a Dios que nos dé el pan nuestro de cada día.

Esta oración también nos indica que necesitamos mirar a Dios diariamente y orar a Él diariamente. Pues así nos enseña el Señor: “*El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy*”. Esta no es una oración que se hace semanalmente, sino diariamente. No tenemos nada en que apoyarnos en la Tierra, ni tenemos ningunos ahorros. Tenemos que pedir el pan nuestro de cada día; no la provisión para una semana o un mes. ¡Cómo debemos confiar en Dios! Aquí vemos que nuestro Señor no se olvida del pan nuestro de cada día, ni nos enseña a no pedir, sino que quiere que pidamos diariamente.

Ahora bien, nuestro Padre conoce ya, en efecto, las cosas que necesitamos. Sin embargo, Él quiere que oremos a Dios todos los días por nuestro pan cotidiano, pues el Señor anhela que aprendamos a mirar al Padre diariamente, para que así ejerzamos nuestra fe día a día. ¡Cuán a menudo nos afanamos por lo que está remotamente adelante, y oramos por las necesidades lejanas! No debemos hacer esto. Comprendemos que si tenemos un vivo deseo en pro del nombre, del reino y de la voluntad de Dios, nuestra dificultad llegará automáticamente a ser grande. Pero como Dios nos *da* hoy el pan nuestro de cada día, podemos pedir el pan de mañana cuando llegue el día de mañana. “*Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal*” (Mateo 6:34).

La segunda petición es la siguiente: “*Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros*

deudores". Por un lado, tenemos la petición por nuestras necesidades físicas, y por el otro, por una conciencia sin ofensa. No podemos evitar el ofender a Dios día tras día en muchos sentidos. Aunque no todas esas ofensas sean pecados, no obstante, pueden ser deudas. Lo que debe hacerse y no se ha hecho es una deuda; lo que debe decirse y no se ha dicho, es también una deuda. Por tanto, no es fácil mantener una conciencia sin ofensa delante de Dios. Cada noche, antes de acostarnos, descubrimos que han sucedido muchas cosas durante el día que son ofensivas para Dios. Puede que no sean necesariamente pecados, sin embargo, son deudas. Cuando le pedimos a Dios que perdone nuestras deudas y no se acuerde más de ellas, podemos tener una conciencia sin ofensa. Esto es sumamente importante. Cuando se nos han perdonado nuestras deudas y también nuestros pecados, tenemos una clara conciencia para vivir denodadamente delante de Dios.

Muchos creyentes tienen experiencias del tipo siguiente: cada vez que hay ofensas en la conciencia, la fe es incapaz de levantarse. Porque la conciencia no puede darse el lujo de tener ninguna grieta. Así lo expresó el apóstol Pablo: "... *manteniendo la fe y buena conciencia, desecharo la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*" (1 Timoteo 1:19). La conciencia puede compararse con un barco que no puede tener ninguna grieta. Si hay una grieta en la conciencia, la fe se pierde. La conciencia no puede tolerar ninguna deuda u ofensa. Donde hay un agravio, se forma un agujero; y lo primero en salirse será nuestra fe.

Si hay un agujero en la conciencia, no importa cuánto tratemos, simplemente no podremos creer. Tan pronto como surge en la conciencia una voz condenatoria, inmediatamente la fe se escape. Por esta razón tenemos que mantener la conciencia libre de ofensas. Debemos pedirle a Dios que perdone nuestras deudas. Este es un asunto sumamente serio. Y aunque esto no está relacionado con el hecho de que tenemos la vida eterna, está definitivamente relacionado con el problema de nuestra comunión y de la disciplina de Dios.

Le pedimos a Dios que perdone nuestras deudas así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Si una persona regatea mucho a sus hermanos y hermanas, y no puede olvidar las ofensas de ellos, no está en condiciones de pedirle a Dios que le perdone sus deudas. Aquél cuyo corazón es estrecho y siempre está notando que la gente lo hiere y lo ofende, es incapaz de hacer tal oración delante de Dios. Necesitamos tener un corazón perdonador para acudir al Padre con denuedo, a fin de pedirle: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". No podemos pedirle a Dios que perdone nuestras deudas, si no hemos perdonado también a nuestros deudores. ¿Cómo podemos abrir la boca para pedirle a Dios que nos perdone, a menos que primero hayamos perdonado a los que nos deben?

Si usted está disgustado con algunos individuos por cuanto ellos no han satisfecho los requerimientos suyos, y siempre está calculando en su corazón cuánto lo ha

ofendido este o cuánto lo ha ofendido aquél, ¿cómo podrá jamás hacer esta oración al Padre? Puesto que usted tiene que pedirle al Padre que le perdone cualquier deuda que tenga con Él, de igual manera, ¿no tiene que perdonar usted las deudas a los que las tengan con usted? Usted tiene que perdonar primero a sus deudores, y entonces podrá orar con denuedo al Padre: *“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”*.

Aquí podemos notar lo siguiente: que además de hablar-nos acerca de nuestra relación con el Padre, la Biblia también nos muestra nuestra relación entre hermanos. Cualquiera se engaña a sí mismo si considera que está bien con Dios, aunque ha descuidado la relación con los demás hermanos. Si creamos una discordia con cualquier hermano o hermana, instantáneamente perdemos la bendición de Dios. De igual modo, también incurrimos en una deuda, aunque no en un pecado, si hoy no hacemos o decimos a nuestros hermanos lo que debemos. No nos hagamos la ilusión de que mientras no hay pecado, todo está bien; tampoco debemos tener ninguna deuda. Si no podemos perdonar ni olvidar cualquier agravio que nos haya hecho algún hermano nuestro, esto impedirá que recibamos el perdón de Dios. Precisamente, así como tratemos a nuestros hermanos, así nos tratará Dios a nosotros. Nos estamos engañando seriamente a nosotros mismos si consideramos que Dios ha perdonado nuestras deudas para con Él, mientras que simultáneamente continuamos recordando a nuestros

deudores, contando la deuda y quejándonos todo el tiempo. Porque el Señor explícitamente nos enseña a orar: *“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”*.

Nótese las palabras “como también nosotros perdonamos”. Si no se realiza el acto del verbo “perdonamos” tampoco puede haber la comparación “como”. Si usted no ha perdonado a sus deudores, Dios todavía recuerda sus deudas. En caso de que usted haya perdonado a sus deudores de todo corazón y haya permitido que estas deudas queden olvidadas completamente como si no hubieran existido, entonces puede acudir a Dios con denuedo, y decirle: *“Perdóname mis deudas, como también yo he perdonado a mis deudores”*. Y el resultado es que Dios no puede menos que perdonar las deudas que usted tiene para con Él. Con alegría cumplamos lo que se refiere a “perdonar a nuestros deudores”, para que esa falta no afecte nuestro perdón delante de Dios.

Y la tercera petición: *“Y no nos metas en tentación, mas libranos del mal”*. La primera petición se refiere a nuestras necesidades físicas; la segunda, a nuestra relación con los hermanos; y esta última, a nuestra relación con Satanás. “No nos metas en tentación” es el lado negativo; en tanto que “libranos del mal” es el lado positivo. Como nosotros vivimos en la Tierra para Dios, con un vivo deseo en nuestro corazón en pro de su nombre, de su reino y de su voluntad, por una parte tendremos necesidades físicas por las cuales tendremos que acudir a Dios, a

fin de que Él nos provea el pan nuestro de cada día, y por la otra, experimentaremos la necesidad de tener una conciencia siempre limpia y sin mancha delante de Dios, para lo cual tenemos que pedirle que nos perdone nuestras deudas. Sin embargo, nos encontramos con otra necesidad: la necesidad de tener paz, por lo cual le pedimos a Dios que nos libre de la mano de Satanás.

Cuanto más andemos en el camino del reino de los cielos, tanto más fuertes serán nuestras tentaciones. ¿Cómo debemos hacer frente a esta situación? Debemos pedirle a Dios: “No nos metas en tentación”. Nunca se confíe usted demasiado en sí mismo como para atreverse a hacer frente a alguna tentación. Puesto que el Señor nos enseñó a orar de este modo, debemos pedirle a Dios que no nos meta en tentación. No sabemos cuándo vendrá la tentación, pero podemos orar de antemano para que Dios no nos meta en ella.

Esta es una oración para pedir protección. En vez de esperar que la tentación venga diariamente sobre nosotros, debemos orar diariamente que el Señor no nos meta en tentación. Sólo puede ocurrirnos lo que Dios permite; pero lo que Él no permite es lo que le pedimos que no nos ocurra. De otro modo, estaríamos tan ocupados peleando contra la tentación desde el alba hasta el oscurecer, que no podríamos hacer nada más. Tenemos que pedirle al Señor que no nos meta en tentación, a fin de que no nos encontremos con aquellas personas con las cuales no debemos encontrarnos, ni con aquellas cosas que

no deben ocurrirnos. Este es un tipo de oración protectora. Y debemos pedir a Dios esta protección. Debemos pedirle que nos dé el pan nuestro de cada día, que resuelva nuestro problema de tener la conciencia limpia y que no nos meta en tentación.

No sólo debemos pedirle al Señor: “*No nos metas en tentación*”, sino también: “*libranos del mal*” (del malo en el original griego -es en esta acepción que lo toma el autor. N. del T.). Esta última parte es una petición positiva. No importa donde esté la mano de Satanás -sea en lo que concierne al pan nuestro de cada día, o a su acusación de nuestra conciencia, o a cualquier tentación con que pueda tentarnos- nosotros le pedimos al Señor que nos libre del malo. Dicho esto en otros términos, no esperamos caer en la mano del malo en ninguna cosa. Al leer Mateo 8 y 9, podemos darnos cuenta de que Satanás tiene la mano en más cosas de las que suponemos. Con respecto al cuerpo humano, su mano puede estar en una gran fiebre; con respecto al mar, en una repentina tempestad. Su mano puede mostrarse en la posesión demoníaca en el caso de un hombre, o en el ahogamiento en el caso del hato de cerdos. También puede reflejarse en el hecho de que los corazones humanos rechazan al Señor o se oponen a Él sin causa. En cualquier caso, Satanás está en acción para hacer daño a los hombres y hacerlos sufrir. Por tanto, debemos pedirle al Señor que nos libre del malo.

Los tres deseos de nuestro corazón a favor de Dios forman la oración básica. Las tres peticiones para nosotros

constituyen la oración protectora. La petición del pan cotidiano no se refiere sólo a la comida, ni la petición para que el Señor nos dé una conciencia sin ofensa se refiere sólo a un buen sentimiento, ni pedimos el ser librados del mal sólo para no ser lesionados. Lo que motiva nuestra oración es que podamos vivir en la Tierra y cumplir mejor la obra de la oración, con lo cual esperamos que el nombre del Padre sea santificado, que venga su reino y que su voluntad se haga así en la Tierra como en el cielo.

TRES ALABANZAS

Finalmente, el Señor nos enseña a alabar a Dios por tres cosas: *“Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”*. Tales alabanzas declaran que el reino, el poder, y la gloria son del Padre. Estos tres aspectos por los cuales debemos alabar a Dios, se relacionan con la liberación que nos da de Satanás, el mal; sí, y aún más, se relacionan con toda la oración que nuestro Señor nos enseñó. La razón por la cual pedimos que el Señor nos libre del malo es porque el reino es del Padre, no de Satanás; porque el poder es del Padre, no de Satanás; porque la gloria es del Padre, no de Satanás. El énfasis está en esto: en que, puesto que el reino es del Padre, no debemos caer en manos de Satanás; puesto que el poder es del Padre, no tenemos que caer en manos de Satanás; y puesto que la gloria es del Padre, no caeremos en manos de Satanás. Esto constituye una razón muy poderosa. Si nosotros caemos en manos de Satanás, ¿cómo

puede ser glorificado el Padre? Pero si es el Padre el que rige, entonces Satanás no tiene poder sobre nosotros. El reino de los cielos pertenece al Padre; por tanto, no podemos ni debemos caer en manos de Satanás.

Con respecto al poder, debemos recordar las palabras que nos dijo nuestro Señor: *“He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará”* (Lucas 10:19). La autoridad (potestad) que el Señor dice que nos dio, vence todo el poder del enemigo. Porque hay poder en esa autoridad. El Señor desea que sepamos que en el reino hay una autoridad, y detrás de esa autoridad está el poder que todo lo controla. El reino es de Dios, no de Satanás; naturalmente, la autoridad también es de Dios no de Satanás y el poder también es de Dios, no de Satanás. Y en cuanto a la gloria, de igual manera esta pertenece a Dios, y no a Satanás. El reino y el poder y la gloria son todos de Dios y, los que le pertenecen a Él pueden esperar ser librados de la tentación y de la mano de Satanás.

En el Nuevo Testamento, el nombre del Señor generalmente representa autoridad, en tanto que el Espíritu Santo representa poder. Toda la autoridad está en el nombre del Señor; todo el poder está en el Espíritu Santo. El reino se refiere al gobierno del cielo; por tanto, se refiere a la autoridad de Dios. El Espíritu Santo es el poder por el cual Dios actúa. Puesto que el reino es de Dios, Satanás no tiene gobierno en ninguna parte; puesto que el poder es el Espíritu Santo, el adversario no tiene medio por el

cual competir. Se nos dice en Mateo 12:28 que tan pronto como los demonios se encuentran con el Espíritu Santo, inmediatamente son echados. Y finalmente, la gloria también es de Dios. Por tanto, podemos declarar en voz alta y en sublime alabanza: *“Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”*.

Así es como el Señor nos enseña a orar. Esta oración no es para recitarla formalmente, sino más bien para orar en conformidad con el principio revelado por esta misma oración. Esta oración debe constituir la base de todas las oraciones. Por amor a Dios, deseamos sinceramente que su nombre sea santificado, que venga su reino y que se haga su voluntad así en la Tierra como en el cielo. De igual modo también, por el hecho de que el reino y el poder y la gloria son de Dios, le damos todas las alabanzas. Puesto que el reino y el poder y la gloria son suyos, el nombre de Dios tiene que ser santificado, su reino debe venir y su voluntad debe hacerse en la Tierra así como en el cielo. Puesto que el reino y el poder y la gloria son suyos, debemos orar para que Él nos dé el pan nuestro de cada día, para que nos perdone nuestras deudas y para que nos libre de la tentación y del malo. Todas nuestras oraciones deben seguir este modelo.

Algunos individuos han insinuado que esta oración no se dio para nosotros los creyentes, por cuanto no concluye con la expresión “en el nombre del Señor”. Tal insinuación es claramente necia, porque la oración que el Señor nos enseña en este caso no es una oración formal.

Además, nos preguntamos cuál oración del Nuevo Testamento termina con las palabras “en el nombre del Señor”. Cuando, por ejemplo, los discípulos clamaron al Señor en la barca, y dijeron: *“¡Señor, sálvanos, que perecemos!”* (Mateo 8:25), ¿se incluyeron las palabras “en el nombre del Señor”? Está claro que el Señor no nos está enseñando a decir exactamente las mismas palabras, más bien, Él quiere que oremos en conformidad con este principio. Él enumera diversos elementos por los cuales debemos orar, sin decirnos que repitamos las mismas palabras.

LA IMPORTANCIA DE PERDONAR

Tan pronto como el Señor concluye su enseñanza sobre la oración, continúa inmediatamente con lo siguiente: *“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”* (Mateo 6: 14, 15). Es aquí donde el Señor nos explica el significado de la petición: *“Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”* (versículo 12).

¡Cuán fácil es para el creyente fallar en este asunto del perdonar! Si hay tal espíritu no perdonador entre los hijos de Dios, entonces todo lo que han aprendido, juntamente con su fe y con su poder, parecerá que se escapa. Por tanto, el Señor habla muy clara y enfáticamente aquí. Son palabras muy sencillas; sin embargo los hijos de

Dios necesitan estas sencillas palabras: *“Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial”*. Es muy simple obtener el perdón del Padre celestial. Pero *“si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas”*. No existe, pues, el perdón casual. Estas palabras son sencillas; sin embargo, las cosas que las respaldan no son tan simples. Si con los labios decimos que perdonamos, pero en nuestro corazón no perdonamos, Dios no puede considerar que hayamos perdonado las ofensas de la otra persona. Eso de perdonar con los labios pero no de corazón, es una palabra vacía, una mentira y, por tanto, no tiene crédito delante de Dios. Tenemos que perdonar de corazón. Así como los primeros discípulos necesitaron estas palabras, nosotros también las necesitamos hoy.

Si los creyentes tenemos en cuenta las ofensas de otros y no perdonamos de corazón, pronto se mete la Iglesia local en dificultad. Ahora bien, por supuesto que si no vivimos en la Tierra como Iglesia, tal vez no necesitemos el perdón mutuo, ya que cada cual puede seguir su propio capricho en el momento en que haya un desacuerdo. Pero el Señor sabe cuán importante es nuestra relación de los unos con los otros. Por eso Él reitera este punto, precisamente al terminar la enseñanza, para hacerlo enfático. Él sabe que cuanto más compañerismo y comunicación tenemos unos con otros, tanto más necesitamos perdonar. Para impresionarnos con su importancia, Él no puede menos que llamarnos

la atención hacia este punto. Si no podemos perdonarnos unos a otros, fácilmente le daremos lugar al diablo. Si no nos perdonamos unos a otros, no estamos viviendo en el reino, ni estamos haciendo la obra del reino. Ninguno que no perdona a los hombres sus ofensas puede hacer la obra del reino; nadie que carezca de espíritu de perdón puede vivir en el reino. Necesitamos recordar que cada vez que estamos en desacuerdo con nuestros hermanos, también estamos en controversia con el Señor. No podemos orar, por una parte, y dejar de perdonar por la otra. Este no es un asunto insignificante. Tenemos que notar que el Señor hace hincapié en él. Necesitamos perdonar a los hombres sus ofensas.

Por último, estemos conscientes de la atención que el Señor le da a la oración. Cuando Él habla acerca de las limosnas antes de hablar de la oración, sólo utiliza cuatro versículos; cuando posteriormente menciona el ayuno, sólo utiliza tres versículos. Pero sobre la oración, Él habla muy ampliamente y con énfasis. Porque la oración está directamente relacionada con Dios, y es el factor más importante de la obra cristiana. Él nos muestra que hay recompensa para este tipo de oración, por cuanto la oración que aquí se menciona, tiene en sí tremendas consecuencias. Todos los que son fieles a esta obra de oración serán recompensados en el futuro. El que continúe con este tipo de labor en secreto, no quedará sin recompensa. Que Dios levante pueblo que ore por la obra de Dios.

Y un asunto final. En esta oración que el Señor nos enseña, predomina la primera persona del plural. Esta es la oración de la Iglesia, la que se hace con conciencia de cuerpo. Es una oración sumamente grande. ¿Quién puede calcular cuántos santos en la Tierra han dicho esta oración? ¡Renovemos una vez más nuestra consagración y unámonos a las filas de los que dicen esta gran oración! Que el Señor derrame su misericordia sobre nosotros, para que también podamos participar en esta gran obra de oración.

EN EL NOMBRE
DEL SEÑOR JESÚS
LA CONFIANZA DE DIOS



III

Lectura bíblica: Filipenses 2:9-11; Juan 14:13,14; 15:16; 16: 23, 24, 26a; Marcos 16:17; Lucas 10:17-20; 24:47; Hechos 3:6; 4:7, 10, 12; 10:43; 16:18; 19-5; 1 Corintios 6:11.

Un asunto que especialmente tenemos que entender delante de Dios se relaciona con el nombre del Señor Jesús. Nadie en la Tierra puede ser salvo por el nombre del Señor Jesús; y nadie puede ser un vaso útil en las manos de Dios, a menos que conozca el nombre del Señor Jesús. Por tanto, tenemos que entender lo que significa el nombre del Señor Jesús. ¡Cuán dolorosamente lamentable es el hecho de que el nombre del Señor Jesús ha llegado a ser demasiado común en el lenguaje humano! ¡Cuán frecuentemente llegan a ser casi insignificantes las expresiones “en el nombre de Jesucristo” o “en el nombre del Señor Jesús”! La gente está tan acostumbrada a leer y oír estas palabras, que no comprende su significación. Pidámosle a Dios que nos lleve de vuelta al significado real del nombre tan familiar de nuestro Señor Jesús.

UNO

El nombre del Señor Jesús es muy especial. Es algo que Cristo no poseyó mientras estuvo en la Tierra. Cuando

Él estuvo en la Tierra, su nombre era Jesús. Esto es lo que nos dice el capítulo 1 de Mateo. Pero en Filipenses 2 se nos indica, además, que por haberse humillado el Señor hasta la muerte, y muerte de cruz, Dios lo exaltó a lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre. ¿Cuál es este nombre? leamos en Filipenses 2:10, 11: *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”*. Este nombre es *“el nombre de Jesús”*. ¿No se llamó Jesús, mientras estuvo en la Tierra? Sin embargo, este es el nombre que se le dio después que hubo ascendido al cielo. A causa de su obediencia a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz, el Señor fue exaltado y se le dio un nombre que es sobre todo nombre. Y ese nombre que está por encima de todo nombre es el nombre de Jesús.

No sólo Pablo, habiendo recibido revelación, dice que el nombre del Señor Jesús ha experimentado este gran cambio; el mismo Señor Jesús nos muestra que su nombre ha experimentado un cambio drástico: *“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido (...) En aquel día pediréis en mi nombre”* (Juan 16: 24, 26a). “En aquel día”, dice Jesús, “no hoy; pero esperad hasta ese día y entonces pediréis en mi nombre.” El día que Él pronunció estas palabras, no tenía aún este nombre que es sobre todo nombre. Pero recibiría tal nombre “en aquel día”; y

en ese día nosotros podríamos pedir al Padre en su nombre.

Que Dios abra nuestros ojos para ver que después de su ascensión, el nombre del Señor Jesús sufrió un gran cambio, un cambio que está fuera de la comprensión de nuestra mente. Ese nombre es un nombre dado por Dios: ese nombre es sobre todo nombre.

DOS

¿Qué representa este nombre? Representa tanto la autoridad como el poder: ¿Por qué representa la autoridad y el poder? “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la Tierra, y debajo de la Tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” Esto es autoridad. Cualquiera que sea, debe inclinarse, hincarse en el nombre de Jesús; cualquiera que sea, debe confesar que Jesús es el Señor. Por esta razón, el nombre de Jesús significa que Dios le ha dada una autoridad y un poder que sobrepasan todo.

En una ocasión, los discípulos de Jesús le dijeron: *“Señor, aún los demonios se nos sujetan en tu nombre”* (Lucas 10:17). Para los discípulos era algo grande poder echar a los demonios en el nombre del Señor. Los demonios no le temen a los muchos nombres grandes del mundo, pero en el nombre del Señor Jesús tenían que someterse a los discípulos. A continuación el Señor les explicó a sus

discípulos por qué los demonios se le sometían en el nombre de Él: *“He aquí os doy potestad (...) sobre toda fuerza del enemigo”* (versículo 19). Por tanto, el nombre de Jesús equivale a autoridad.

Aun los gobernantes de los judíos estaban enterados de esto. Porque después que Pedro hizo que anduviera el cojo, al siguiente día los gobernantes preguntaron a los apóstoles: *“¿Con qué potestad, o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?”* (Hechos 4:7). En otras palabras: ¿Qué autoridad tuvisteis para hacer andar a este hombre? Ellos sabían que actuar en el nombre de uno significaba que se les había dado autoridad. En consecuencia, el nombre de Jesús significa la autoridad que Dios le dio a Él. Esto no significa que el nombre sea autoridad, sino que el efecto del nombre es autoridad.

TRES

El Nuevo Testamento no sólo nos muestra el nombre de Jesús, sino que incluye también una frase sumamente especial, a saber, “en el nombre del Señor Jesús”. ¿Hemos comprendido esto plenamente? No se nos dice simplemente el nombre de Jesucristo, sino *en* el nombre de Jesucristo también. Si estudiamos cuidadosamente la Palabra de Dios, y entretanto realmente buscamos andar en el Espíritu, no podemos menos que reconocer que muchísimas veces hemos dicho “en el nombre del Señor Jesús” o “en el nombre de Jesucristo”, sin realmente saber cómo se usa ese nombre. ¿Cómo podemos ser cristianos

normales, si ni siquiera sabemos utilizar el nombre del Señor Jesús? Por tanto veamos lo que realmente significa la expresión “en el nombre del Señor Jesús”.

En las diversas conversaciones del Señor Jesús, la primera vez que encontramos las palabras “en el nombre del Señor Jesús” se halla en el Evangelio según Juan. Se halla en la conversación que tuvo el Señor con sus discípulos después que les lavó los pies. En los capítulos 14, 15, y 16 de Juan, Él les dice especialmente a sus discípulos lo que pueden hacer, si lo hacen en el nombre de Él: *“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré (...) Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”* (Juan 14: 13, 14). En los capítulos 14 al 16, constantemente les dice a los discípulos: *“En mi nombre”*. Esto nos indica que no sólo recibiría de Dios algún día un nombre que es sobre todo nombre, sino que también su nombre es algo que los discípulos pueden usar. Un nombre que tanto usted como yo podemos usar. Este nombre es dado por Dios a su Hijo Jesús. Y Jesucristo el Hijo de Dios a su vez nos lo entrega a usted y a mí para que todos podamos usarlo. Así que la Biblia no sólo menciona el hecho de que el Señor Jesús tiene un nombre que es sobre todo nombre; también nos habla de la experiencia de usar el nombre del Señor Jesús. No solamente es su nombre, pero también en su nombre. El nombre de Jesucristo es el que Él recibió de Dios; la expresión “en el nombre de Jesucristo” indica la participación de los hijos de Dios en ese nombre. ¿Comprendemos que esta es la encomienda más grande que Dios nos ha confiado?

¿Por qué es una encomienda de Dios el nombre de Jesús? ¿Qué es una encomienda? Dios nos encomienda la predicación del Evangelio; Él nos ordena que hagamos un trabajo; Él nos encarga que vayamos a alguna parte o que pronuncemos algunas palabras. Todas estas son encomiendas de Dios. Sin embargo, la expresión “en el nombre del Señor Jesús” es una clase distinta de encomienda. Significa que Dios nos encomienda hacer algo; sí, pero aún más: Él nos confía su Hijo. No es que Dios nos envíe, es llevar con nosotros al Hijo de Dios. Precisamente esto es lo que significa la expresión “en el nombre del Señor Jesús”.

“En el nombre del Señor Jesús” realmente significa que Dios nos ha confiado su Hijo. Hagamos uso de una ilustración. Supongamos que usted deposita una suma de dinero en el banco. Y supongamos, además, que el retiro de cualquier cantidad de dinero de dicho banco exige cierto sello de parte de usted. Un día usted encarga a un amigo que le retire cierta cantidad de dinero del banco, y le da su sello. Para él resulta sencillo retirar el dinero, puesto que tiene el sello de usted en la mano. Si él escribe, digamos, diez dólares en un cheque en blanco y estampa en él el sello de usted, obtendrá los diez dólares del banco. De igual manera, “en el nombre del Señor Jesús”, equivale a que el Señor Jesús le ha entregado a usted su propio sello.

Supongamos otra vez que yo tengo una gran cantidad de dinero depositada en un banco y que estoy dispuesto a

demostrarle a una persona mi confianza en ella entregándole mi chequera y mi sello. Porque si yo no confiara en él, ¿cómo habría de saber yo que él no iría a firmar un contrato con mi sello? En primer lugar, si yo no confiara en él, nunca pondría mi sello en su mano. Pero si en realidad le doy mi sello, eso significa que voy a reconocer lo que él hace. Esto es precisamente lo que significa el término “en el nombre del Señor Jesús”: el Señor Jesús se atreve a confiarnos su nombre, para que nosotros lo utilicemos. Él confía en nosotros hasta el punto que se atreve a encomendarse a nosotros, y al mismo tiempo está dispuesto a aceptar la responsabilidad de cualquier consecuencia o relación en que podamos envolverlo al usar su nombre.

Algunas veces le decimos a una persona: “Vaya y dígame a Fulano de Tal que debe hacer esto o aquello. Y si le pregunta quién lo dijo, dígame que fui yo”. Esto es lo que significa la expresión “en mi nombre”. Simplemente significa el uso del nombre. Uno le da su nombre a cierta persona; esa persona usa su nombre; y uno es responsable por lo que tal persona hace en su nombre.

Durante su última noche en la Tierra con sus discípulos, el Señor Jesús les dijo: “Y *todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo*” (Juan 14: 13). Él les confió algo de tremendo valor; les dio su propio nombre. Su nombre es autoridad; no hay nada más grande que lo que Él nos dio. Simplemente imaginemos lo que ocurriría si usáramos adversamente el

nombre que el Señor Jesús nos confió. Por ejemplo, ahí está un hombre que posee gran poder. Cada vez que da una orden, esa orden se hace efectiva cuando le pone su sello. Supongamos ahora que le da su sello a otra persona. Él tendrá que ser responsable de cualquier orden que esa otra persona dé, siempre que en ella aparezca el sello del que lo encomienda. ¿Cree usted que él confiará descuidadamente su sello a cualquier persona? Por supuesto que no. Sin embargo, el Señor Jesús nos ha confiado su nombre. El nombre del Señor Jesús es sobre todo nombre. Sin embargo, Él está dispuesto a confiarnoslo. ¿Apreciamos en realidad la responsabilidad que Él se ha echado sobre sí mismo al darnos su nombre? Y cualquier cosa que hagamos en su nombre, en ella Dios tendrá responsabilidad. ¡Esto es en realidad tremendo! ¡Dios se hará responsable por aquello que se hace en el nombre del Señor Jesús!

CUATRO

Un rasgo especial del día de hoy es que el Señor Jesús no actúa directamente. Él no habla directamente al mundo. En vez de ello, habla en la Tierra a través de su Iglesia. Ni tampoco hace milagros directamente, sino que los realiza a través de la Iglesia. Tampoco salva a los hombres directamente, sino que los salva por medio de la Iglesia. Puesto que el Señor Jesús no hace nada hoy directamente por su cuenta, sino que todo lo que hace es a través de la Iglesia, Él confía su nombre a la Iglesia.

¡Qué gran responsabilidad la que ha echado sobre sí mismo! Es mucho más fácil ser responsable por lo que uno hace, que ser hecho responsable por lo que hacen otros. Si usted retiene su propio sello, sólo es responsable por lo que usted mismo hace; pero si deja su sello en las manos de otro, usted será responsable por todo lo que él haga con su sello. Si el Señor Jesús hubiera permanecido en este mundo hasta hoy, habría continuado su obra por sí mismo, como ya lo había hecho antes, y no habría necesitado ser responsable por nosotros. Sin embargo, su obra actual no la hace directamente por sí mismo, sino que confió su obra a la Iglesia.

Hoy toda la obra del Señor Jesús se realiza en la Iglesia. Lo que la Iglesia hace hoy es lo que el Señor Jesús hace. Y por tanto, el Señor Jesús es responsable de todo lo que la Iglesia hace en su nombre. Si nosotros le encomendamos a alguien que haga cierta cosa, y alguna vez se demuestra que ese individuo es indigno, inmediatamente le rescindimos nuestra confianza. El Señor Jesús, sin embargo, tiene que confiar en la Iglesia hasta el fin, por cuanto hoy el Hijo de Dios ya no está en la carne, sino en el Espíritu y en la Iglesia. Él no puede menos que confiar en la Iglesia; de otro modo, no tiene manera de hacer nada hoy. El Señor Jesús ascendió realmente al cielo, y ahora está sentado a la diestra del Padre, esperando que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. Allí está como el gran Sumo Sacerdote, intercediendo por nosotros. Actualmente esa es su obra celestial. Pero su obra de la Tierra la encomendó a la Iglesia. Por esta

razón, la Iglesia tiene hay la autoridad de usar su nombre, y el Señor Jesús llevará toda la responsabilidad de lo que la Iglesia haga en su nombre.

La Iglesia no puede obtener una autoridad mayor en la Tierra que la autoridad investida en el nombre del Señor Jesús. Al darle su nombre a la Iglesia, el Señor Jesús confirió la encomienda más grande de todas. Porque este nombre representa su propio ser. Lo que se dice en el nombre del Señor Jesús, se convierte en lo que Él mismo dice; lo que se hace en el nombre del Señor Jesús, llega a ser lo mismo que el Señor hace. Todo lo que se decide en su nombre, es considerado como decidido por Él. La Iglesia tiene la autoridad para hablar en el nombre del Señor Jesús. ¡Qué confianza Dios le ha dado a la Iglesia!

Examinemos un ejemplo de la Biblia en que el nombre del Señor fue invocado. Cuando el arcángel Miguel contendió con el diablo por el cuerpo de Moisés, no dijo: “Te reprendo”; ni tampoco dijo: “Que el señor te reprenda”; pues si se hubiera incluido la palabra “que” en este caso, la declaración se hubiera convertido en una oración o un deseo. No, Miguel declaró: “El Señor te reprenda” (Judas 9). Esto significa claramente que cuando lo estoy reprendiendo, es el Señor mismo quien lo reprende. El arcángel Miguel usó aquí el nombre del Señor. Así que al invocar el nombre del Señor Jesús, no es necesario pronunciar las palabras exactas.

Por las palabras “en el nombre del Señor Jesús” se entiende usar el nombre del Señor Jesús en la misma forma en que usamos nuestro propio nombre. Cuando decimos que hoy podemos usar el nombre del Señor Jesús como si estuviéramos usando nuestro propio nombre, estamos tocando aquí una experiencia espiritual sumamente significativa. Muchos confiesan que no han experimentado plenamente el poder de la sangre del Señor. Nos regocijamos en profesar el hecho de que aún no hemos experimentado plenamente el poder del nombre del Señor. A los creyentes de Corinto, Pablo les dijo: “...no tengo mandamiento del Señor; mas doy mi parecer (...) y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios” (1 Corintios 7:25, 40). Realmente necesitamos ser llevados por Dios hasta el punto en que podamos comprender que podemos usar su nombre.

¿Comprendemos que hay un nombre que a la vez es autoridad y poder, el cual está colocado en las manos de la Iglesia para que lo utilice? La Iglesia debe usar con sabiduría el nombre del Señor. Algunas veces decimos que la Iglesia gobierna, ¿pero cómo puede ella gobernar sin tener el nombre? La Iglesia posee las llaves del reino, y es responsable de traer el reino; sin embargo, sin este nombre, ella no puede dar a conocer el reino. El propósito de Dios en realidad es que la muerte sea absorbida por la vida en la Iglesia, y atar a Satanás a través de la Iglesia; pero a menos que tengamos este nombre y sepamos cómo emplearlo, no podemos cumplir nuestra misión. En consecuencia, debemos comprender que el Señor Jesús otorgó este nombre a la Iglesia.

CINCO

Es por esta misma razón, que tan pronto como uno cree en el Señor Jesús y es salvo, Dios le ordena que sea bautizado. ¿Qué hace el bautismo a favor de nosotros? Somos bautizados en el nombre del Señor Jesús. “*Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús*” (Hechos 19:5). Cuando recibo el bautismo, participo de ese nombre. Por tanto, se me confía ese nombre. De ahí en adelante puedo usar el nombre del Señor Jesús tal como uso el mío. En vista de esto, el bautismo constituye algo tremendo. En realidad espiritual, ahora soy un hombre resucitado. Por el hecho de que estoy afianzado en su muerte y en su resurrección, puedo usar el nombre del Señor Jesús. De ahí en adelante estoy relacionado con su nombre; Él es Cristo y yo soy un cristiano. ¿Qué son los cristianos? ¿Qué es una iglesia? Una iglesia no es otra cosa que un grupo de personas en la Tierra, que pueden usar el nombre del Señor Jesús y tener a Dios como responsable por ese nombre. Cada vez que se usa ese nombre, Dios se hace responsable de los resultados. ¿No es esto estupendo? Nuestra relación con el nombre del Señor Jesús comienza en el bautismo, pues somos bautizados en este nombre.

Es entonces cuando vemos cuán imperativas son la cruz y la resurrección. Sólo cuando estamos afianzados en el bautismo, podemos usar el nombre del Señor Jesús; de otro modo estamos descalificados para usarlo. Si la cruz

no puede penetrar en nuestra vida, el Señor Jesús no podrá ser eficaz en nosotros. No seremos competentes para usar ese nombre; pero aunque lo usemos, Dios no nos respaldará ni asumirá la responsabilidad. Usted y yo tenemos que estar basados en el bautismo, lo que significa que creemos en la realidad de la cruz, reconociendo que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, y aceptando también el principio de la cruz para hacer frente a nuestra vida natural. El bautismo es una seguridad de que todo lo que somos necesita pasar por la muerte, diariamente; sólo lo poco que queda después de pasar por la muerte, tiene alguna utilidad espiritual. Lo que es destruido al pasar por la muerte no permanece delante de Dios. Porque Dios sólo quiere lo que queda después de pasar por la cruz: lo que la muerte no puede destruir.

Los hijos de Dios necesitan ver la realidad de la cruz. A través de la revelación de Dios, necesitamos ver lo que hemos obtenido en Cristo. Debe haber un día cuando el Señor fracture la espina dorsal de la vida natural de uno; entonces seremos útiles. Esto no es una doctrina; esto es vida. Tiene que venir el día en que Dios pueda ver en la vida de usted y en la mía, las marcas de la cruz. Parece que en la vida de muchas personas no ha obrado la cruz. Sus palabras, sus obras, sus sentimientos y especialmente sus actitudes delante de Dios no don evidencias de la cruz. Es necesario que un día Dios quebrante a ese hombre por medio de la cruz. Lo que queda luego de pasar por la cruz se llama resurrección. Porque la resurrección es todo lo

que no puede ser sepultado ni aniquilado después de haber pasado por la muerte. La resurrección es lo que nos queda luego de haber sido golpeados por el Señor.

Sólo aquellos que están afianzados en una base como esta pueden usar la autoridad del Señor Jesús y el nombre del Señor Jesús. Y cuando ellos usen este nombre Dios los respaldará y asumirá plena responsabilidad.

Ahora bien, esta es la encomienda más sublime de todo el mundo. Dios puede confiarnos el nombre de su Hijo a usted y a mí, y permitir que lo usemos como si fuera nuestro propio nombre. Esto es realmente muy grande. La responsabilidad que Dios asume en este respecto está fuera de nuestra comprensión.

SEIS

Cuando usamos el nombre del Señor Jesús, ¿cuál será el efecto de este nombre? Según las Escrituras podemos ver efectos por lo menos en tres aspectos: para con los hombres, para con el diablo y para con Dios.

EFFECTOS PARA CON LOS HOMBRES

“Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:47). *“De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”* (Hechos 10:43). *“Y*

esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6: 11). Este efecto se ve especialmente en las palabras del capítulo 3 de Hechos: *“Y era traído un hombre cojo de nacimiento, a quién ponían cada día a la puerta del templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el templo. Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna. Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Miranos. Entonces él les estuvo atento, esperando recibir de ellos algo. Mas Pedro dijo: No tango plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”* (versículos 2-6).

¿Sabe usted lo que significa hablar a la gente en el nombre de Jesús de Nazaret? ¿Cómo le iría a usted en una situación tal, si no estuviera basado en la muerte y la resurrección; si no se afirmara en el bautismo? Si usted no se afianza en esa base, entonces probablemente se arrodillará y hará una oración como esta: *“Señor, no sé si este cojo será sanado. Si debe ser sanado, indícanos claramente para tener la osadía de pedirlo; si él no ha de ser sanado, entonces lo dejaremos tranquilo”*.

Pero la experiencia de los apóstoles no fue así. Ellos no consideraron que el nombre del Señor Jesús estaba con Él. Por el contrario, tomaron el nombre de Jesús de Nazaret como si fuera de ellos, que ellos poseían y que podían usar.

¿Qué es la Iglesia? La Iglesia está compuesta de personas que mantienen el nombre del Señor Jesús en la Tierra. Aquellos a quienes Dios ha llamado de las naciones para que se reúnan en su nombre, forman la Iglesia. La Iglesia debe mantener en la Tierra el nombre del Señor Jesús; y en consecuencia, puede usar ese nombre en relación con la gente. Algunas veces podemos decir a una persona: *“Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre”* (Hechos 22:26). Mientras el Señor Jesús estaba en la tierra, una vez le dijo a una mujer: *“Hija, tu fe te ha salvado, ve en paz”* (Lucas 8:48). En otra ocasión le dijo a un paralítico: *“Hombre: tus pecados te son perdonados”* (Lucas 5:20). Si estamos afianzados en el bautismo, y entretanto tenemos visión y revelación, sabremos que somos administradores del nombre del Señor Jesús. Cuando usted y yo predicamos el Evangelio a las personas y notamos que han recibido el Evangelio, podemos decirles: *“Hermano, ve en paz porque el Señor Jesús te ha perdonado”*.

Por el hecho de que el cojo fue sanado, los gobernantes, los ancianos y los escribas pusieron a los apóstoles en medio de ellos y les preguntaron: *“¿Con qué potestad, o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?”* A lo cual, Pedro, lleno del Espíritu Santo, replicó: *“... sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano (...) Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a*

los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4: 10, 12). Sólo existe este nombre, y ningún otro, en que podamos ser salvos. Así que podemos usar su nombre con relación a los hombres.

EFFECTOS PARA CON SATANÁS

No sólo podemos usar este nombre con relación a los hombres, sino también con relación al diablo: *“En mi nombre echarán fuera demonios”* (Marcos 16:17). ¿Cómo utilizamos el nombre del Señor Jesús para echar fuera demonios? Está registrado en el capítulo 16 de Hechos, que Pablo se encontró una vez con una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual lo molestó durante muchos días. ¿Qué hizo Pablo cuando se sintió disgustado? No se retiró para orar, sino que se volvió y dijo al espíritu: *“Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella”* (versículo 18). Por este mandato en el nombre de Jesucristo, el espíritu salió de ella en esa misma hora. Aquí vemos cómo se le había confiado el nombre del Señor Jesús a Pablo, para que pudiera utilizarlo. Observemos, además, que el nombre del Señor Jesús no se nos encomienda en nuestras manos para que simplemente lo mantengamos como un depósito en el cielo. Si nuestra condición espiritual es normal, su nombre se encomienda en nuestras manos. De modo que cuando Pablo se sintió disgustado, en vez de orar, simplemente mandó al espíritu que saliera en el nombre del Señor. Nosotros diríamos que un hombre que procede de esa manera no es espiritual, que es independiente y que no

busca la voluntad de Dios. Notemos, sin embargo, que cuando él echó el espíritu en el nombre del Señor, el espíritu fue echado fuera. Por tanto, la cuestión está realmente en cómo vivimos delante de Dios; si estamos afianzados en la muerte y la resurrección o no. Si lo estamos, el nombre del Señor está en nuestras manos. La expresión “en el nombre del Señor Jesús” no es una declaración vacía. Es un nombre que usted y yo podemos usar para trabajar y para echar fuera demonios.

En Lucas 10, el Señor envía a sus discípulos. Aunque en ese tiempo, Él todavía no había ascendido al cielo, sin embargo actúa basado en la ascensión. Por tanto proclamó: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (versículo 18). Cuando los discípulos salieron a trabajar, el Señor no fue con ellos, pero se llevaron consigo el nombre de Él. Y regresaron diciendo: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”. ¿Por qué sucedió esto? Porque “los demonios se nos sujetan en tu nombre” (versículo 17). Con el nombre del Señor en sus manos, ellos tenían consigo la autoridad. Por tanto, el Señor Jesús declaró a continuación: “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo” (versículo 19). ¿Comprendemos, entonces, que podemos usar el nombre del Señor Jesús para hacer frente a todo el poder del enemigo? ¿Cómo necesitamos tener abiertos nuestros ojos para comprender que el nombre del Señor Jesús, que Dios nos ha encomendado, es la confianza de Dios!

RESULTADOS PARA CON DIOS

Hemos de ver un aspecto más. Además del hecho de que el nombre del Señor Jesús nos capacita para hacer que la gente sea salva y sana, como también para tener autoridad sobre el diablo y echar fuera demonios, hay un efecto especialmente precioso que tiene este nombre: que hace posible que acudamos al Padre y que Él oiga nuestras palabras. En los capítulos 14 al 16 del Evangelio según Juan, la Biblia menciona tres veces algunas cosas concernientes al nombre del Señor Jesús. ¡Digamos reverentemente que el Señor Jesús es sumamente osado! ¿Qué es lo que Él nos dice aquí? “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:13, 14) ¡Oh, qué gran nombre es este que es sobre todo nombre! ¡En este mismo nombre, toda boca que esté en el cielo, en la Tierra y debajo de la Tierra confesará que Dios es el Señor, y toda rodilla se doblará ante Él! ¡Cuán poderoso es este nombre delante de Dios! Dios respeta este nombre, y por tanto, irá cuando le pidamos en este nombre. Simplemente oigamos esto: “No me elegisteis vosotros a mí -dice el Señor Jesús-, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (15, 16). Y otra vez: “En aquel día no me preguntaréis (pediréis, en el original griego) nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará”.

Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (16:23, 24).
 ¡Simplemente consideremos si hay alguna promesa mayor que esta!

Entendamos claramente que lo que significa orar en el nombre del Señor Jesús es que estamos diciéndole a Dios: "Oh Dios, yo no soy digno de confianza, soy inútil, pero acudo a ti en el nombre del Señor Jesús". Supongamos que usted envía, por medio de un mensajero, una carta a un amigo, en la cual le pide que le entregue al portador de la carta el dinero que usted le había dado para guardar. Después que su amigo examina la firma y ve que es legítima, ¿no le entregará el dinero al mensajero? Por supuesto que sí. Cuán absurdo sería si llama al mensajero y le pregunta cosas como: "¿Ha estudiado usted? ¿En qué situación está su familia? ¿Cómo están los familiares en su casa? ¿Qué tal es el temperamento de usted?" No, no. A él no le importa quién es el mensajero. Lo único que le interesa averiguar es si la firma de su amigo es auténtica. El mensajero viene en el nombre de su amigo, y su amigo confía en el hombre. ¡Aleluya! Cuando yo estoy delante de Dios en el nombre del Señor Jesús, eso no significa que estoy allí por mi propia cuenta, sino en el nombre del Señor; no estoy allí a causa de lo que tengo ni de lo que seré, sino simplemente por causa del nombre del Señor. Muchas personas esperan que sus oraciones sólo sean contestadas en el futuro. Esperan que cuando ellas mejoren más y más en lo espiritual, sus oraciones serán contestadas. Comprendamos,

sin embargo, que la razón por la cual podemos orar es debido a su nombre, no a nuestro propio nombre. Nos presentamos delante de Dios en su nombre: por causa de Jesús, no por causa de nosotros mismos; por su sangre, no por nuestra justicia; conforme a su voluntad, no conforme a la nuestra.

El conocer el nombre del Señor es una revelación, no una doctrina. Tiene que haber un día en que Dios abra nuestros ojos para ver el poder y la majestad de este nombre. ¡Qué maravilloso es que Dios nos encomiende este nombre! Después que Dios nos ha dado el nombre de su Hijo, podemos decir a nuestra vez: "Dios, en el nombre de tu Hijo Jesús". Esto significa: "Dios, tú crees en mí, tú confías en mí; tú te haces responsable de lo que yo haga". Con tal nombre en nuestras manos para tratar con los hombres, con el diablo y con Dios, ¡qué clase de vida debemos vivir para tener el poder de usarlo! En vista de esto, tenemos que aprender diariamente a conocer la cruz. Recordemos que la cruz y este nombre son inseparables. Que la obra de la cruz sea lo suficientemente profunda en nuestra vida para que nos haga saber cómo usar este nombre con relación a los hombres, al diablo y a Dios. Que Dios dé a la Iglesia abundante conocimiento de este nombre, para que ahora mismo le sea restaurado su lugar, su autoridad y su poder. Que la Iglesia disfrute las riquezas espirituales en el nombre del Señor.

LA ORACIÓN
DE AUTORIDAD



IV

Lecturas bíblicas: Mateo 18: 18, 19; Marcos 11: 23, 24; Efesios 1: 20-22; 2-6; 6: 12, 13, 18, 19a.

En la Biblia se puede hallar cierta clase de oración que es la más elevada y la más espiritual, pero que, sin embargo, pocas personas la advierten o hacen tal tipo de oración. ¿Cuál es? Es “la oración de autoridad”. Conocemos la oración de alabanza, la oración de acción de gracias, la oración de petición y la oración de intercesión; pero es poco lo que sabemos de la oración de autoridad. La oración de autoridad es la que ocupa un lugar muy significativo en la Palabra de Dios. Significa autoridad. Más aún, un mandamiento de autoridad.

Ahora bien, si deseamos ser hombres y mujeres de oración, tenemos que aprender esta clase autoritativa de oración. Es la clase de oración a la cual el Señor se refiere en Mateo 18: 18: *“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”*.

Aquí está la oración de atar así como la de desatar. El movimiento del cielo sigue al movimiento de la Tierra. El cielo oye las palabras de la Tierra y actúa por mandamiento de la Tierra. Todo lo que está atado en la Tierra,

será atado en el cielo; y todo lo que es desatado en la Tierra, será desatado en el cielo. No es una petición, sino una atadura lo que se hace en la Tierra; no es una petición, sino una desatadura lo que se hace en la Tierra. Y esta es una oración de autoridad.

Tal expresión se encuentra en Isaías 45: 11, donde dice: “*Mandadme*”. ¿Cómo nos atrevemos a mandar a Dios? ¿No es esto demasiado disparatado? ¿Demasiado presuntuoso? Pero esto es lo que el mismo Dios dice. Indudablemente, no debemos permitir que la carne entre aquí en lo más mínimo. Sin embargo, aquí se nos muestra que hay una clase de oración que manda. Según el punto de vista de Dios, nosotros podemos mandarlo a Él. Todos los que estudian la oración necesitan aprender específicamente tal declaración.

Echemos un repaso a la historia de Éxodo 14. Cuando Moisés sacó a los hijos de Israel de Egipto, llegó a las costas del mar Rojo. Surgió entonces un serio problema. Delante de ellos estaba el mar Rojo, y detrás los venían persiguiendo los egipcios. En ese momento, los israelitas se encontraron verdaderamente en un dilema. Veían a los egipcios que los perseguían, y se sentían completamente aterrados. Clamaron al Señor, por una parte, y murmuraron contra Moisés, por la otra. ¿Cómo reaccionó Moisés? Sabemos, por la Palabra de Dios, que Moisés clamó al Señor. Pero entonces Dios le dijo: “¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y entren

los hijos de Israel por en medio del mar, en seco” (versículos 15, 16). La vara que Dios le dio a Moisés representa autoridad. Así que lo que Dios quiso decir con estas palabras fue lo siguiente: “Tú no necesitas clamor a mí; puedes usar la oración de autoridad; haz la oración que manda, y yo obraré”. Así que, lo que Moisés aprendió y experimentó aquí fue la oración de autoridad, es decir, la oración que manda.

En nuestro tiempo, ¿dónde tiene su origen la oración de mandato para los cristianos? Lo tiene en la ascensión del Señor. La ascensión de Cristo está muy bien relacionada con la vida cristiana. ¿Cuál es la relación? la ascensión nos da la victoria. Así como la muerte de Cristo resuelve nuestra antigua creación en Adán, y la resurrección nos introduce a la nueva creación, así la ascensión nos da una nueva posición frente a Satanás. Esta no es una nueva posición delante de Dios, pues tal posición se obtiene mediante la resurrección del Señor. Sin embargo, nuestra nueva posición frente a Satanás está asegurada por medio de la ascensión de Cristo.

Notemos las siguientes palabras de Efesios: “... la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia (1:20-22). Cuando Cristo ascendió al cielo, abrió un nuevo camino al cielo, para

que de ahí en adelante, su Iglesia pueda subir también de la Tierra al cielo. Sabemos que nuestro enemigo espiritual mora en el aire; pero hoy ya Cristo está ascendido en el cielo. Antes este camino estaba bloqueado por Satanás, pero ahora Cristo lo ha abierto. Cristo está ahora por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y por encima de todo nombre, no sólo en este mundo, sino también en el venidero. Esta es la actual posición de Cristo. En otras palabras, Dios ha hecho que Satanás y todos sus subordinados estén sujetos a Cristo; sí, Él ha puesto todas las cosas debajo de sus pies.

El significado de la ascensión es muy diferente del de la muerte y de la resurrección. Mientras esto último es totalmente para bien de la redención, lo primero, es decir, la ascensión del Señor, es una señal de guerra; esto es, para ejecutar lo que han logrado su muerte y su resurrección. La ascensión manifiesta una nueva posición. Gracias a Dios, porque se nos dice que Él *“nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”* (Efesios 2:6).

¿Comprendemos ahora lo que Dios ha hecho a favor de nosotros? En el primer capítulo de Efesios se nos dice que Cristo ascendió al cielo, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. En el segundo capítulo se nos continúa diciendo que estamos sentados en los lugares celestiales con Él. Esto es lo mismo que decirnos que la Iglesia también está por

encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y por encima de todo nombre que se nombra, no sólo en este mundo, sino también en el venidero. Gracias a Dios, esto es un hecho. Como Cristo está ahora en el cielo por encima de todo, así la Iglesia también está hoy por encima de todo. Como el Señor está por encima de sus enemigos espirituales, la Iglesia también está por encima de sus enemigos espirituales. Así como todos los enemigos espirituales fueron superados por el Señor en su ascensión, asimismo estos enemigos son superados por la Iglesia, que ascendió con el Señor. Según esto, todos los enemigos espirituales están sometidos bajo los pies de la Iglesia.

Notemos la relación que hay entre los dos primeros capítulos de Efesios y el capítulo 6 del mismo libro. El capítulo 1 nos presenta nuestra posición en Cristo; el 2, la posición de la Iglesia en Cristo; y el capítulo 6, lo que la Iglesia debe hacer ahora que ha entrado a esa posición en Cristo. El capítulo 1 habla de Cristo que está en el cielo; el 2, de la Iglesia sentada con Cristo en los lugares celestiales; y el 6, de la guerra espiritual. Dios ha hecho que la Iglesia se sienta con Cristo en los lugares celestiales, para que no sólo se siente allí, sino que también permanezca firme. Así que, cuando en el capítulo 2 se menciona el verbo “sentar”, el 6 habla de *“estar firmes”*, lo cual significa permanecer en la posición celestial: *“... contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (...) y habiendo acabado todo, estar*

firmes” (6:12, 13). Puesto que nuestra lucha es contra huestes espirituales de maldad, esta es una guerra espiritual.

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí” (Efesios 6: 18, 19a). Esta es la oración de la guerra espiritual. Esta clase de oración es diferente de la oración común. La oración común se dirige de la Tierra al cielo, pero esta clase de oración se hace en posición firme en los lugares celestiales, y es una oración que desciende del cielo a la Tierra. En pocas palabras, la oración de autoridad va desde el cielo hacia la Tierra.

Todos los que saben orar, saben lo que significa orar hacia arriba, y lo que significa orar hacia abajo. Si una persona nunca ha aprendido a orar hacia abajo, todavía tiene que descubrir la oración de autoridad. En la guerra espiritual, esta clase de oración hacia abajo es sumamente importante. ¿En qué consiste la oración hacia abajo? Consiste en estar firmes en la posición celestial que Cristo nos ha dado, y utilizar la autoridad para resistir todas las obras de Satanás, ordenando que se cumpla lo que Dios ha ordenado. Supongamos, por ejemplo, que estamos orando por algún asunto en particular. Después de saber cuál es la voluntad de Dios, y estar realmente seguros de lo que Dios ha mandado, no debemos entonces orar: “Oh Dios, te pido que hagas esto”. Por el contrario debe-

mos orar: “Dios, tú tienes que hacer esto; tiene que hacerse de esta manera. Dios, esto tiene que realizarse así”. Esta es la oración que manda, la oración de autoridad.

El significado de la palabra “amén” no es “así sea”, sino “así será”. Cuando yo digo “amén” a la oración de usted, estoy afirmando que así será el asunto, que lo que usted pide, así se cumplirá. Esta es la oración de mandato, que sale de la fe. La razón por la cual podemos orar así, es porque tenemos la posición celestial. Fuimos llevados a esta posición celestial cuando Cristo ascendió al cielo. Como Cristo está en el cielo, nosotros también estamos allí, de la misma manera como cuando Cristo murió y resucitó, nosotros también morimos y resucitamos con Él. Debemos comprender esta posición celestial de la Iglesia. Satanás comienza su obra haciéndonos perder, si puede, nuestra posición celestial. Porque la posición celestial es una posición de victoria. Pero si somos arrasados abajo por Satanás de esta posición celestial, somos derrotados.

Todas las victorias se ganan permaneciendo firmes en la posición triunfante y celestial. Satanás lo tentará a usted diciéndole: “Usted está en la Tierra”; y usted está derrotado en realidad, si contesta: “Estoy en la Tierra.” Él utilizará tal derrota suya para afligirlo, haciendo que usted considere que verdaderamente está en la Tierra. Pero si usted permanece firme y responde: “Así como Cristo está en el cielo, yo también estoy en el cielo”, usted se aferra a su

posición celestial y sale triunfante. Por tanto, estar firmes es una posición de gran importancia.

La oración de autoridad se basa en esta posición celestial. Como la Iglesia está con Cristo en los lugares celestiales, puede hacer la oración de autoridad.

¿Cuál es la oración de autoridad? Simplemente explicada, es el tipo de oración que se menciona en Marcos 11. Para ver la verdad claramente, leamos con cuidado los versículos 23 y 24. El versículo 24 comienza con la expresión “Por tanto”, que es un término de conexión. Así que las palabras del versículo 24 están unidas con las del versículo 23. Puesto que el versículo 24 habla acerca de la oración, el versículo 23 tiene que referirse también a la oración. Lo que parece extraño aquí es que la expresión del versículo 23 no parece ser una oración común. No se le dice a Dios: “Oh Dios, por favor, quita este monte y échalo en el mar”. En vez de eso, ¿qué es lo que realmente dice? Leemos: *“Cualquiera que dijere a este monte: Quitate y échate en el mar”*.

¿Cuál es el tipo de oración que tan a menudo se forma en nuestra mente? Pensamos que orar a Dios siempre debe ser así: “Oh Dios, por favor, ¿quieres tú quitar esta montaña y lanzarla al mar?” Pero el Señor está hablando de algo completamente diferente. No nos exhorta a hablarle a Dios, sino a hablarle al monte. No es, pues, una conversación con Dios, sino un mandato directo a la montaña: “¡Quitate y échate en el mar!” Para que no

consideremos que esto no sea oración, el Señor inmediatamente explica en el versículo 24 que sí es realmente oración. Estas son palabras que no se dirigen a Dios y, sin embargo, también es oración. Hablar al monte y ordenarle que sea echado en el mar, es incuestionablemente una oración. Y esta es la oración de autoridad. Porque la oración de autoridad no consiste en pedir a Dios que haga algo, sino en utilizar la autoridad de Dios directamente para resolver problemas, para deshacerse de todo aquello de lo cual es necesario deshacerse. Cada uno y todos los vencedores necesitan aprender tal clase de oración. Todo el que vence tiene que aprender a hablarle al monte.

Tenemos muchos puntos débiles, como el temperamento, pensamientos impuros, dolores físicos y así por el estilo. Si le hablamos a Dios con respecto a ellos, parece que no podemos ver rápidas correcciones; pero si tomamos la autoridad de Dios y hablamos a estos montes, hallamos que instantáneamente son removidos. ¿Cuál es el significado de un “monte”? El monte representa la dificultad que se nos presenta en el camino; es aquello que bloquea nuestro sendero, de tal modo que no podemos pasar. Cuando usted y yo nos encontramos un monte, ¿qué haremos con él? Muchos, cuando encuentran un monte en su vida o en su trabajo, comienzan a orar para pedir a Dios que les quite ese monte. Sin embargo, Dios nos dice que nosotros mismos debemos hablar al monte. Será suficiente si sólo le ordenamos al monte, diciendo: “¡Quitate y échate en el mar!”

Pedirle a Dios que quite el monte, y mandarle directamente al monte que se quite, son dos cosas completamente diferentes. Acudir a Dios y pedirle que obre, es una cosa; ordenar directamente al monte que se quite, es algo completamente diferente. Muy a menudo descuidamos estas palabras de mandato. Es muy raro que tomemos la autoridad de Dios y hablemos directamente a la dificultad, diciendo: “En el nombre del Señor Jesús te ordeno que me dejes”; o “No permitiré que permanezcas en mi vida”. La oración de autoridad consiste en que usted le hable a aquello que lo impide: “¡Apártate de mí!” Usted le hablará a su temperamento así: “¡Apártate de mí!” Le hablará a su enfermedad así: “¡Apártate de mí, porque por la vida resucitada del Señor Jesús *me levantaré!*” Aquí no se le habla a Dios sino directamente a la montaña que estorba: “¡Quítate y échate en el mar!” Esta es precisamente la oración que tiene autoridad.

¿Qué es lo que capacita a la Iglesia para hacer la oración de autoridad? La capacita el hecho de que la Iglesia tenga una fe completa y no dude que lo que hace está en perfecta armonía con la voluntad de Dios. Cuando no sabemos cuál es la voluntad de Dios, no podemos tener fe. En consecuencia, antes de hacer cualquier cosa, tenemos que saber si esa es la voluntad de Dios. Si no es la voluntad de Dios, ¿cómo podemos tener fe? Si tenemos dudas respecto al corazón de Dios, también dudaremos con respecto al éxito de la empresa.

A menudo hablamos indiferentemente a los montes. Tal mandato no será efectivo, puesto que ni siquiera conocemos la voluntad de Dios. Pero si estamos claros delante de Dios en cuanto a cuál es su deseo y no dudamos, podemos dirigirnos osadamente a la montaña y decirle: “¡Quítate y échate en el mar!”, y será hecho. Aquí el Señor nos indica que hemos de ser nosotros los que demos la orden. Ordenamos que se haga lo que Dios ya ha ordenado. Y esta es la oración de autoridad.

Por tanto, la oración de autoridad no consiste en pedirle a Dios directamente, sino en aplicar directamente la autoridad de Dios a la dificultad. Cada uno de nosotros tiene su propio monte. Puede que no sea del mismo tamaño ni de la misma clase. Sin embargo, como regla general, cualquier cosa que lo bloquee a usted en su camino espiritual, es algo a lo cual puede ordenarle que se aparte de usted. Esta es la oración de autoridad.

La oración de autoridad está estrechamente relacionada con el ser vencedores. Porque los cristianos que no saben hacer tal oración, no serán vencedores. Recordemos siempre que el que está sentado en el trono es Dios, Él es nuestro Señor Jesucristo, y el que está sometido a ese trono es el enemigo. Sólo la oración puede mover el poder de Dios. Nada puede poner en operación el poder de Dios. Nada puede poner en operación el poder de la oración. Por tanto, la oración es de absoluta importancia. Si no hay oración, ¿cómo podemos ser vencedores?

Sólo los que conocen la oración de autoridad, saben realmente lo que es la oración. La principal obra de los vencedores consiste en traer la autoridad del trono celestial a la Tierra. Hoy sólo existe un trono: el trono de Dios. Él solo domina y reina por encima de todo. Para tener parte en esa autoridad, tiene que haber oración. ¡Cuán necesaria es la oración! Aquello que puede mover el trono de Dios, puede mover cualquier cosa y puede mover todas las cosas. Necesitamos comprender que Cristo ascendió al cielo y está sobre todo, y todas las cosas están sujetas debajo de sus pies. Por tanto, nosotros podemos usar esa autoridad del trono para gobernar todas las cosas. Todos tenemos que aprender esta oración de autoridad.

¿Cómo se pone en práctica la oración de autoridad? Mencionemos algunos asuntos pequeños. Por ejemplo, supongamos que hay un humano que ha hecho algo malo, y usted siente que debe ir a amonestarlo. Sin embargo, existe una dificultad, y es que usted teme que él no va a oírlo. Usted no está seguro de si él aceptará su consejo o no. Pero si usted conoce la oración de autoridad, puede manejar este asunto más fácilmente. Usted puede orar: “Señor, no puedo ir a visitarlo, pero haz que él venga”. Usted acude al trono para mover a ese hermano. Ciertamente, después de un breve tiempo, él acude a usted y le informa personalmente: “Hermano, hay algo en lo cual no estoy bien claro; ¿quiere usted aconsejarme al respecto?” Así usted puede aconsejarlo de la manera más conveniente. Esta es la oración de autoridad. Consiste en no hacer nada por la fuerza propia, sino hacerlo todo por

medio del trono de Dios. La oración de autoridad no es implorarle a Dios que obre en contra de su voluntad, sino que es notificarle que uno sabe qué debe hacerse, y Él lo hará.

La oración de autoridad puede controlar las condiciones atmosféricas y también a la gente. Jorge Müller tuvo tal experiencia. Una vez estaba navegando hacia Québec y se encontró con una espesa neblina. Le habló al capitán del barco: “Capitán, vengo a decirle que necesito estar en la ciudad de Québec el sábado por la tarde”. “Eso es imposible”, respondió el capitán”. Entonces, si el barco no puede llevarme allí a tiempo, Dios tiene alguna otra manera”, contestó Müller. Entonces se arrodilló e hizo la más simple oración. Luego le dijo al capitán: “Capitán, abra la puerta de su cabina y verá que ya se fue la neblina”. Cuando el capitán se levantó para ver, halló que la neblina se había esfumado. El hermano Müller llegó a la ciudad de Québec el sábado por la tarde y cumplió su compromiso. Esta es una oración de autoridad.

Si Dios ha de tener una compañía de vencedores, tiene que haber guerra de oración. Necesitamos batallar contra Satanás, no sólo cuando nos enfrentamos con algo, sino también cuando las cosas suceden en torno a nosotros. Tenemos que controlar esas cosas a través del trono. Nadie puede ser un vencedor sin ser un guerrero de oración. Para que uno pueda ser verdaderamente un vencedor delante de Dios, tiene que aprender a hacer la oración de autoridad.

La Iglesia puede controlar el infierno utilizando la oración de autoridad. Puesto que Cristo está sobre todo y es la Cabeza de la Iglesia, bien puede la Iglesia controlar a los espíritus malignos y todo lo que pertenece a Satanás. ¿Cómo podría la Iglesia existir en la Tierra, si no se le diera la autoridad para controlar a los espíritus malignos; si el Señor no le hubiera dado tal autoridad? La Iglesia vive porque tiene autoridad sobre todas las fuerzas satánicas. Los creyentes que son espirituales saben que podemos usar la oración de autoridad contra los espíritus malignos. Podemos echar fuera demonios en nombre del Señor; podemos contener las actividades secretas de los demonios por medio de la oración.

Las asechanzas de Satanás son muchas y diversas: sus demonios no sólo poseen a la gente abiertamente, también obran secretamente de muchas maneras. Algunas veces, Satanás obra en la mente de un hombre, inyectándole muchos malos pensamientos, como la suspicacia, el terror, la incredulidad, el desánimo, imaginaciones o deformaciones, como para engañar o perturbar. Otras veces, toma solapadamente las palabras de un hombre y crea con ellas cierto pensamiento que presiona para que penetre en la mente de otra persona, a fin de tener éxito en su obra de dividir y perturbar. Tenemos que utilizar la oración para vencer las diversas actividades de los demonios. En los cultos, en las oraciones o en las conversaciones podemos declarar primero: “Señor, aparta todos los espíritus malignos y prohíbeles que realicen cualquier actividad en este sitio”.

Es un hecho que todos los espíritus malignos están sometidos bajo los pies de la Iglesia. Si la Iglesia usa la autoridad para orar, aun los demonios se le someterán. La oración de autoridad no es como las peticiones que se hacen ordinariamente; es el ejercicio de la autoridad para mandar. La oración de autoridad es la que dice: “Señor, estoy dispuesto”; “Señor, no estoy dispuesto”; “Señor, lo haré”; “Señor, no lo haré”; “Señor, estoy determinado a oír esto”; “Señor, no permitiré que esto pase”; o “Señor, haz sólo tu voluntad, yo no quiero nada más”. Cuando usamos esta autoridad, la oración logrará su meta. Si hubiese más personas en la Iglesia local que aprendieran a orar de esta manera, muchos más problemas serían fácilmente solucionados. Debemos gobernar y manejar los asuntos de la Iglesia por medio de la oración.

Tenemos que comprender que Cristo ya ascendió al cielo; de otro modo, no tendríamos poder para dirigir. Cristo es ahora la Cabeza de todas las cosas, y todas las cosas están sometidas debajo de sus pies. Él es, sobre todas las cosas, la Cabeza de la Iglesia. Él llega a ser la cabeza de todas las cosas a favor de la Iglesia. Y como Cristo es cabeza por encima de todas las cosas a favor de la Iglesia, todas las cosas necesariamente tienen que estar sometidas a la Iglesia. Tenemos que tomar nota espiritual de esto.

La oración de autoridad puede dividirse en dos partes: por un lado ata, y por el otro, desata. *“Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en*

la tierra, será desatado en el cielo”. Lo que se hace en la Tierra, también se hace en el cielo. Esto es lo que leemos en Mateo 18:18. El versículo 19 continúa hablando acerca de la oración. Así que las acciones de atar y desatar se hacen por medio de la oración. La oración para atar y la oración para desatar son ambas oraciones de autoridad. La oración común consiste en pedir a Dios que ate y desate, pero la oración de autoridad consiste en utilizar la autoridad para atar y desatar nosotros mismos. Dios entonces ata, por cuanto la Iglesia ya ha atado; y desata, por cuanto la Iglesia ya ha desatado. Dios le ha dada autoridad a la Iglesia. Él hará lo que la Iglesia diga expresando esa autoridad.

Consideremos primero a oración para atar. Hay muchas personas y cosas que necesitan ser atadas. Un hermano es demasiado hablador. Necesita ser atado. Usted puede acudir a Dios y decirle: “Oh Dios, no permitas que este hermano hable tanto. Átalo para que no lo haga más”. Así usted lo atará; pero también Dios lo atará en el cielo para que hable menos. O hay personas que interrumpen la oración en el estudio bíblico de usted. Tales personas pueden ser su esposa, o su marido, o sus hijos o sus amigos. Usted puede usar la autoridad para pronunciar una oración de atadura con respecto a esas personas que frecuentemente lo interrumpen. Puede orar: “Oh Dios, átalos para que no hagan nada que me interrumpa”.

En un culto, algún hermano puede expresar cosas que no deben decirse, puede citar pasajes bíblicos inadecuados,

o escoger himnos no apropiados. Tal persona necesita ser atada. Usted puede decir: “Señor, Fulano de Tal a menudo comete errores; no permitas que él siga haciendo esto”. Al atar de este modo, usted verá que Dios también lo atará. Algunas veces ciertas personas perturban la paz del culto; tal vez hablando, o llorando o andando de un lado a otro. Esas son actividades que a menudo suceden en un culto. Y las personas que perturban, son generalmente las mismas pocas personas. Hay que atar a esos individuos y sus acciones. Por tanto, usted puede decir: “Dios, notamos que estas personas siempre perturban el culto. Átalas y no les permitas que perturben más”. Usted verá que si hay dos o tres en la Tierra que atan, Dios también atará en el cielo.

No sólo deben ser atadas todas estas perturbaciones, sino también muchas de las obras de los demonios. Cada vez que se predica el Evangelio o se da el testimonio de Cristo, el diablo estará obrando en las mentes humanas, susurrándoles muchas palabras e inyectándoles muchos pensamientos feos: en este caso, la Iglesia tiene que atar a esos espíritus malignos, prohibiéndoles que susurren y que trabajen. Uno debe declarar: “Señor, ata todas las obras de los espíritus malignos”. Si usted las ata en la Tierra, de igual manera serán atadas en el cielo.

El otro lado de la oración de autoridad es la oración para desatar. ¿Qué es lo que necesita ser desatado? Ilustremos esto concretamente. Muchos hermanos tímidos no se atreven a abrir su boca en un culto. Tienen miedo de

dar testimonio de Cristo, de ver a la gente. Tenemos que pedir a Dios que desate a tales hermanos de la atadura que tienen. Algunas veces tal vez podamos exhortarlos con breves palabras; pero en muchas otras ocasiones no necesitamos decirles nada. En vez de ello nos acercamos al trono de Dios para que desde allí se controle la situación. Hay personas que realmente deben salir y servir al Señor, sin embargo, están atadas, bien por la ocupación, por los negocios, por la familia, por los compañeros inconversos o por alguna circunstancia externa. Pueden estar atados por toda clase de cadenas. Pero podemos pedir al Señor que los libere para que salgan a dar testimonio del Señor. ¿Nos damos cuenta de la necesidad de oración autoritativa? ¿Vemos realmente su urgente necesidad?

En lo referente al dinero, este también debe ser desatado por medio de la oración. Satanás a veces aprieta el bolsillo del hombre. Algunas veces debernos pedir a Dios que se desate el dinero para que la obra de Él no sufra por carencia económica.

La verdad también necesita ser desatada. Frecuentemente debemos orar: "Oh Señor, desata tu verdad". Muchas verdades están tan atadas, que no se las proclama; muchas verdades se proclaman, pero son pocos los que las oyen y las entienden. Por esta razón, debemos pedir a Dios que libere su verdad para que pueda penetrar hasta sus hijos. En muchos lugares parece que la verdad encuentra una barrera para penetrar; parece que no hay

posibilidad de que la gente la reciba. ¡Cómo tenemos que pedirle a Dios que libere la verdad, para que muchas iglesias que están en atadura sean liberadas, y se abran muchos lugares que están cerrados! Sólo el Señor sabe cómo enviar la verdad a los lugares cerrados. Cuando oramos con autoridad, el Señor enviará la verdad. Por tanto, estemos alertas con respecto a las muchas cosas que tienen que ser desatadas por medio de la oración de autoridad.

Debemos poner especial atención en la oración para atar y para desatar. Hay muchas cosas que deben atarse y muchas que deben desatarse. En este caso no imploramos, sino más bien utilizamos la autoridad para atar y desatar. Que Dios nos mire con gracia para que todos podamos aprender a usar la oración de autoridad. No sólo tenemos que aprender a orar, sino que también tenemos que saber cuál es la victoria de Cristo. En la victoria de Cristo atamos, en la victoria de Cristo desatamos. Ataremos todas las cosas contrarias a la voluntad de Dios. La oración de autoridad es el gobierno del cielo en la Tierra, o el uso de la autoridad del cielo sobre la Tierra.

Hoy no somos más que peregrinos en la Tierra. En realidad, cada uno de nosotros es una persona celestial. Por tanto, tenemos autoridad celestial. De ahí que todo lo que es llamado por el nombre del Señor es, en la Tierra, representante del Señor. Somos embajadores de Dios. Tenemos la vida de Él y hemos sido liberados del poder de las tinieblas y trasladados al reino del amado Hijo de

Dios. En consecuencia, poseemos la autoridad celestial. En todos los tiempos y en todos los lugares poseemos la autoridad del cielo. Podemos controlar los asuntos terrenales por medio del cielo. Que Dios nos dé la gracia para poder ser verdaderamente guerreros de oración por amor al Señor, ejerciendo su autoridad como vencedores, para que la victoria de Cristo se manifieste.

Finalmente, conviene hacer aquí una seria advertencia. Es la siguiente: cada uno de nosotros tiene que estar sometido a la autoridad de Dios. A menos que estemos sujetos a la autoridad de Dios, no podremos ejercer la oración de autoridad. Tenemos que estar sujetos no sólo a la autoridad de Dios en lo que se refiere a la posición, sino también en nuestras vidas y en nuestras prácticas diarias. De otro modo, no podremos tener oración de autoridad.

Hubo una vez un joven que fue a echar fuera los demonios de una joven. El demonio le sugirió a la mujer que se quitara la ropa. Inmediatamente el joven hermano ejerció la autoridad y le ordenó al demonio: "En nombre del Señor Jesús, te mando, te prohíbo que te quites la ropa". "Está bien -le replicó el demonio instantáneamente-, si no me permites que me quite la ropa no me la quitaré". Ahora bien, si la vida oculta de ese hermano hubiera sido un fracaso, habría sido derrotado delante de ese demonio. Porque el demonio no sólo no habría obedecido el mandamiento del hermano, sino que también habría expuesto su pecado.

Sabemos que la creación originalmente fue puesta en manos del hombre. ¿Por qué entonces, la creación no oye hoy el mandamiento del hombre? Porque el hombre mismo ha dejado de oír la palabra de Dios. ¿Por qué un león mató al hombre de Dios? Porque este había sido desobediente al mandamiento de Dios (ver 1 Reyes 13: 20-25). Pero por otra parte, ¿por qué los leones no dañaron a Daniel cuando fue condenado al foso de los leones? Porque era inocente delante de Dios y no había hecho nada malo al rey. Por tanto, Dios envió a su ángel a cerrar la boca de los leones (Daniel 6: 22). Del mismo modo, una víbora no pudo hacer daño a la mano de Pablo, el siervo de Dios (Hechos 28: 3-6). Sin embargo, los gusanos se comieron al orgulloso Herodes (Hechos 12: 23). Si estamos sujetos a la autoridad de Dios, los demonios nos tendrán miedo, pues ellos también estarán sujetos a nuestra autoridad.

La Biblia nos revela también que hay una estrecha relación entre la oración, el ayuno y la autoridad. La oración expresa nuestro deseo de Dios, en tanto que el ayuno ilustra la negación de nosotros mismos. El primer privilegio que Dios le concedió al hombre fue el alimento. Dios le cedió a Adán alimento antes que cualquier otra cosa. Así que el ayuno constituye una negación del hombre a su primer derecho legal. Hay muchos cristianos que ayunan sin realmente negarse a sí mismos; y así su ayuno no es aceptado como tal. Los fariseos ayunaban por una parte, pero extorsionaban por la otra. Si ellos hubieran realmente ayunado, hubieran devuelto el producto de

la extorsión. Puesto que la oración es un deseo de Dios y el ayuno es una negación de uno mismo, la fe instantáneamente se encenderá cuando se unan estos dos factores. Y luego, con la fe, hay autoridad para echar fuera demonios. Ahora, si tenemos un deseo de Dios, pero no nos negamos a nosotros mismos, no tendremos fe ni autoridad. Pero si tenemos tanto el deseo de Dios como una negación de nosotros mismos, instantáneamente poseemos tanto la fe como la autoridad. Rápidamente podemos generar la oración de fe, hasta convertirla en oración de autoridad. Y tengamos presente que la oración de autoridad es la más espiritual y también la más importante de todas las clases de oración.

VELAD Y ORAD



V

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos (Efesios 6:18).

El fragmento de este versículo en el cual enfocaremos nuestra atención es el que dice: “... *velando en ello con toda perseverancia*” ¿Qué nos indica la expresión “en ello”? Al leer la cláusula precedente, comprendemos que se refiere a la oración y a la súplica. Lo que el apóstol quiere decir es que “orar en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” no es suficiente. A eso hay que agregar “velando (...) con toda perseverancia”. En otras palabras, se debe orar por un lado y orar por el otro. ¿Qué significa el verbo “velar”? No significa dormir; significa supervisor o mirar con los ojos abiertos. Significa prevenir cualquier peligro o emergencia. Velar en oración y súplica indica tener capacidad para discernir las asechanzas de Satanás y descubrir los fines que persigue y los medios que este utiliza. Entremos, pues, a considerar algunos de los aspectos de velar con súplica y oración.

La oración es una clase de servicio. Debe colocarse en una posición preeminente. Satanás siempre maniobra

para colocar otras cosas concernientes al Señor antes de la oración, y dejar la oración como última. Aunque a muchas personas se les recuerda la importancia de la oración, no muchas realmente la aprecian. Por lo común la gente se entusiasma por asistir a reuniones del ministerio, de estudios bíblicos y de otros asuntos. Apartan tiempo para tales reuniones. Pero cuando se trata del culto de oración, la asistencia es sorprendentemente baja. No importa los numerosos mensajes que se den para recordarnos que el culto principal es el de oración, y que si fallamos en nuestra vida de oración, fallamos en todo, la oración no es aún estimada, y es tratada como asunto de poca consecuencia. Cuando nos enfrentamos a una multitud de problemas, podemos decir con nuestros labios que sólo la oración puede resolverlos; sin embargo, hablamos más que lo que oramos, planeamos más y oramos menos. En resumen, colocamos todo antes que la oración. Colocamos otras cosas en posiciones preeminentes, mientras relegamos la oración al último lugar. Es lo único que no es tan importante.

Uno que conoce al Señor profundamente dijo una vez: “Todos hemos cometido el pecado de descuidar la oración; debemos decirnos a nosotros mismos: tú eres ese hombre”. Debíamos decirnos en realidad a nosotros mismos: ¡Tú eres ese hombre! No debemos echar la culpa a otros por no orar; nosotros mismos necesitamos arrepentirnos. ¡Cómo necesitamos que el Señor ilumine nuestros ojos para que podamos comprender de nuevo la importancia de la oración y conocer su nuevo valor!

Además, tenemos que reconocer que si Satanás no nos hubiera engañado, no estaríamos descuidando tanto la oración. Por tanto, debemos velar y descubrir en esto todas las asechanzas de Satanás. No le permitiremos que nos engañe más en abandonar la oración.

Tan pronto como despertemos a la importancia de la oración y nos hayamos ofrecido para servir de alguna manera en oración y para realizar algo de ese trabajo, seremos atacados incesantemente por Satanás, a fin de que simplemente no podamos hallar tiempo para orar. Cuando ya estemos a punto de orar, alguien tocará a la puerta del frente, o alguna otra persona entrará por la puerta de atrás. Podrá ser que los grandes discutan, o los niños perturben. Si no es una enfermedad repentina, es un acontecimiento inesperado. Antes que decidamos entregarnos a la oración, todo parece estar tranquilo; pero en el momento en que deseamos orar, todo estalla. Muchos eventos inesperados e imprevisibles nos caen de repente como emboscadas. Numerosas dificultades surgen para impedir nuestra oración. Tratan de sacar la oración de nosotros. ¿Son estas coincidencias nada más? Muy ciertamente, no. No son coincidencias en absoluto. Son estrategias planificadas por Satanás para impedirnos que oremos.

Satanás está dispuesto a estimularnos para hacer muchas cosas, si así puede tener éxito en hacernos eliminar nuestro tiempo de oración. Él sabe muy bien que la obra espiritual que no está establecida sobre el fundamento de

la oración, no tiene mucho valor y con el tiempo fracasará. Por tanto, su estrategia consiste en mantenernos tan ocupados en otras cosas, que descuidemos la oración. Estamos sumamente ocupados desde el alba hasta el ocaso en el trabajo, en las visitas, en la hospitalidad, en la predicación; de modo que la oración se empuja hacia un rincón y se le asigna muy poco tiempo.

Citemos las palabras de un hermano que conocía al Señor profundamente:

Cuando los hijos de Israel comenzaron a planificar su exodo de Egipto, la reacción de Faraón fue la de duplicarles el trabajo. La meta de Faraón consistía en hacer que ellos estuvieran mucho más ocupados con el trabajo, para que no tuvieran tiempo de pensar en salir de Egipto. Cuando usted comienza a hacer planes o decide practicar una vida de oración más abundante, Satanás comenzará una nueva estrategia de hacer que usted esté más ocupado, intensificando más sus trabajos, ocupando su tiempo con tales necesidades, para que usted no tenga oportunidad de orar. Opino, hermanos queridos, que tenemos que traer este problema de frente. Naturalmente, cuando luchamos por tener algún tiempo para orar, habrá argumentos con respecto a nuestra misión, a nuestro deber y a nuestra responsabilidad. Algunas personas considerarán tal devoción a la oración como un descuido de nuestra misión, un olvido de nuestro deber, un menoscabo de nuestra responsabilidad. Si estamos confrontados con

tal situación, debemos presentar los problemas relacionados con nuestra misión, nuestro deber y nuestra responsabilidad al Señor; y orar al respecto. (Esta clase de oración puede que no sea aplicable a todo creyente, pues pudiera ser mal entendida. Algunas personas preferirían mucho más abandonar su deber; no tomar en serio su responsabilidad; están ansiosas de pasar sus responsabilidades familiares a otras, diciendo que de ese modo tendrán tiempo para orar. Que el Señor proteja estas palabras para que no sean mal entendidas.)

Reconozcamos este punto: que el enemigo usará asuntos tales como el deber, la misión y la responsabilidad, para crear sus mejores argumentos a fin de que dejemos de orar. En caso de que entendamos que nuestra vida de oración ha sido completamente destruida, o que hemos caído en una posición restringida en que no tenemos la forma de vivir una vida espiritual, ascendente y victoriosa, debemos decir al Señor: "Oh Señor; mientras estoy orando, encomiendo mi responsabilidad a ti, y te pido que la protejas de sufrir daño alguno. Te pido que me protejas este tiempo de oración y le prohibas a Satanás entrometerse, pues estoy utilizando este tiempo para buscar tu gloria". Aquí en el reino de la oración, también puede practicarse el principio del diezmo. Después que usted haya ofrecido a Dios la parte que legítimamente le corresponde, descubrirá que al haber ofrecido la décima parte a Dios, puede utilizar más eficientemente las nueve décimas restantes, que todas las diez partes de que disponía antes de

diezmar el tiempo. Este principio del diezmo era muy eficaz.

Aquí debemos llevar este tipo de guerra de oración. Debemos ser fuertes y poderosos, parados firmemente sobre la verdad de que estamos en Cristo, y orando por la victoria de la cruz. Debemos utilizar la victoria completa de Cristo en la cruz y esforzarnos por orar, echando al enemigo de nuestra posición de oración para poder mantenerla. Esto se compara con lo que hizo Sama, un poderoso hombre de David, quien se paró firme en medio de un pequeño terreno llena de lentejas, y lo defendió y mató a los filisteos. El Señor dio una gran victoria por medio de él (ver 2 Samuel 23:11, 12). Este pequeño terreno lleno de lentejas puede representar nuestra posición de oración que necesita ser defendida de la intrusión enemiga con la victoria del Calvario. Esta es la clase de guerra que hay que librar para poder orar, la guerra por la oración. Estoy muy preocupado porque frecuentemente aceptamos arreglos circunstanciales como argumentos para pensar que la oración actualmente es imposible. Puesto que las cosas han llegado a tal punto y han evolucionado tanto, consideramos que ahora es útil hablar de oración. Así damos lugar al diablo, y estas cosas nos restringen la oración. Notemos que esta es una estrategia del diablo. En el nombre del Señor y por su victoria en la cruz, tenemos que barrer todos estos obstáculos de la oración. La cruz es muy eficaz para conseguirmos el tiempo para la oración, así como siempre es efectiva en

otros aspectos. Dios quiera que sepamos cómo ejercer su poder victorioso.

Las anteriores palabras nos proporcionan mucha advertencia y exhortación. Tenemos que pelear por el tiempo de oración, debemos tener tiempo para orar. Si esperamos hasta que tengamos algunos momentos libres para orar, no tendremos la oportunidad de hacerlo. Debemos apartar algún tiempo definido. “Aquellos que no apartan tiempo para orar -advierde Andrés Murray- no oran.” Por esta razón, necesitamos velar para poder tener tiempo para orar. También tenemos que utilizar la oración para proteger este tiempo de oración, a fin de que no nos sea arrebatado por las asechanzas de Satanás.

Debemos velar no sólo en cuanto a mantener el tiempo dedicado a la oración, sino también durante el tiempo de oración para que podamos realmente orar. Porque Satanás empleará sus trucos para impedir que oremos mientras estamos realmente de rodillas, así como ya ha hecho uso de las situaciones externas y de toda clase de cosas para oprimirnos y evitar que, en primer lugar, tengamos un tiempo destinado a la oración.

Nuestra mente está clara y nuestro pensamiento concentrado; pero tan pronto como nos arrodillamos a orar, nuestros pensamientos comienzan a dispersarse. Lo que no debe recordarse se recuerda; lo que no debe premeditarse se premedita; y muchas cosas innecesarias de repente lo bombardean a uno. Todos estos pensamientos

estaban ausentes antes de empezar la oración; pero ahora nos acosan y nos perturban precisamente en el momento de orar.

El ambiente externo sigue razonablemente en calma; no hay nada que parezca realmente perturbador; pero tan pronto como nos arrodillamos para orar, parece que nuestros oídos oyeran voces: realmente no nos viene de afuera el balido de las ovejas ni el bramido de los toros; sin embargo, muchas voces extrañas surgen para interferir nuestra oración. O podemos estar físicamente bien, pero tan pronto como comenzamos a orar, empezamos a sentirnos físicamente agotados, como si fuéramos incapaces de continuar. Esto no se debe a ninguna falta de sueño, pues antes de orar no sentíamos fatiga en absoluto.

A veces, en el tiempo de oración, aparecen síntomas extraños que no estaban presentes antes. Originalmente, la oración sirve para liberar cargas; sin embargo, cuando nos arrodillamos para orar, no podemos pronunciar ni una palabra y nos sentimos como si estuviéramos asfixiados. Muchos son los motivos de oración, pero en el momento de orar, nos paralizamos, nos sentimos fríos y perdidos. Y aunque nos las arreglamos para orar, es como si le estuviéramos hablando al aire. Nos desvanecemos luego de decir dos o tres palabras.

Todas estas condiciones que acabamos de mencionar suceden abruptamente durante el tiempo de oración. Si ignoramos las artimañas de Satanás para destruir nuestra

oración, pensaremos en levantarnos y abandonar la oración. Por la oración misma -por poder hacer una oración completa- por poder deshacernos de la carga, necesitamos velar en oración; velar contra todas y cada una de las condiciones que nos impiden orar.

Esto envuelve una batalla. Antes de orar debemos orar para pedirle a Dios que nos capacite para orar. Y durante el tiempo de oración, debemos pedir a Dios que nos ayude a orar con un sólo sentir, a fin de que nuestra oración no sea estorbada por ninguna asechanza del enemigo. Les hablaremos a aquellos pensamientos, voces, debilidades y enfermedades perturbadoras: “Me opongo a todos estos fenómenos sin causa, por ser mentiras, por ser falsificaciones del enemigo”. Pronunciaremos nuestro mandato para que se retiren, no daremos lugar al enemigo. Tenemos que velar y resistir las asechanzas de Satanás, con oración, no sólo para que podamos orar, sino para que podamos orar todo el tiempo destinado a la oración.

Orar todo el tiempo destinado a la oración y orar con fortaleza, no es una vana expectación. La facilidad y la comodidad no nos conducirán a esta vida de oración. Tenemos que aprender un poco, quebrantar un poco y pelear un poco para lograr tal clase de oración.

Durante la oración, además, tenemos que guardarnos contra todo lo que no sea verdadera oración. Debemos saber que Satanás no sólo nos impedirá que tengamos

tiempo y poder para la oración. Él también hará que malgastemos el tiempo destinado a la oración pronunciando muchas palabras dispersas, sin relación, sin importancia y vacías, así como también numerosas peticiones vanas. Nuestro tiempo de oración se llena tan completamente con estas cosas, que nuestra oración equivale a cero. Muchas oraciones carnales, trilladas, largas, rutinarias, pusilánimes e ignorantes, simplemente constituyen una pérdida de tiempo. Estas pueden sonar como nuestras propias oraciones habituales; sin embargo, la sugestión, la instigación y el engaño de Satanás no están totalmente ausentes. Si no estamos velando, nuestra oración llegará a estar desprovista de todo significado y consecuencia.

Un hermano relató la siguiente historia: “Leí lo que le ocurrió a Evan Roberts. Una vez, estuvieron varios en su casa orando por cierto motivo. En medio de la oración de un hermano, Evan Roberts se levantó y le puso la mano sobre la boca al que estaba orando, y le dijo: ‘Hermano, usted no necesita continuar orando, pues no está orando en absoluto’. Mientras yo leía este incidente, pensé: ¿Cómo pudo Evan Roberts hacer esto? Sin embargo, lo hizo en realidad. Y ahora sé que lo que hizo estuvo bien”. Muchas palabras en nuestra oración se dicen en la carne y por instigación de Satanás; hacen que la oración sea muy larga, pero irreal e inútil.

¿No es verdad esto? A menudo cuando oramos parece que damos una vuelta alrededor del mundo. Se gasta el

tiempo y se agota la fuerza; sin embargo, ni una palabra de oración da en el blanco. ¿Cómo podemos esperar que tal oración sea oída por Dios? No tiene valor espiritual en absoluto. En consecuencia, tenemos que velar y orar. No alarguemos el tiempo, no demos demasiadas razones; simplemente derramemos nuestro sincero deseo delante de Dios y nunca usemos muchas palabras vanas.

Tengamos el cuidado de no hablar descuidadamente. Un hermano que sabía orar escribió un poema en el cual incluyó un concepto sobre la oración: “Si usted acude a Dios para orar, prepare primero lo que quiere pedir”. Si usted no sabe ni siquiera qué es lo que quiere cuando se arrodilla para orar, ¿cómo puede esperar que Dios le oiga la oración? Si su oración no tiene sentido, o es pusilánime, equivale a no hacer oración. Eso quiere decir que usted cae en la trampa de Satanás, quien le hace pensar que ha orado, cuando realmente no ha orado en absoluto. Tenemos que velar para que cada vez que nos acerquemos a Dios sepamos de antemano cuál es el deseo de nuestro corazón.

No ore usted, si no tiene ningún deseo en su corazón. Todas las oraciones deben estar dominadas por el deseo. Veamos cómo nuestro Señor pone atención a esto. Bartimeo, un mendigo ciego, clamó al Señor: “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí”. El Señor Jesús le respondió: “¿Qué quieres que te haga?” El Señor le hará a usted la misma pregunta precisamente: “¿Qué quieres que te haga?” ¿Puede usted contestar esa pregunta? Algunos

creyentes, después de haber orado durante diez o veinte minutos, no pueden decirnos qué le han pedido a Dios. Aunque dicen muchas palabras en la oración, sin embargo, ni siquiera saben qué es lo que le piden. Tal expresión no tiene ningún ánimo ni meta, y no puede considerarse como oración. Tenemos que velar y estar alerta contra cualquier clase de oración de esa naturaleza.

Durante la oración, las palabras que pueden expresar el deseo son tan importantes como el mismo deseo. Frecuentemente hay un deseo definido en nuestro corazón, pero después de decir muchas palabras, parece que estamos más lejos del tema. En este sentido también hay que velar. Porque la asechanza de Satanás consiste en retenerlo a uno para que no ore, o empujarlo fuera de la oración para que quede completamente perdido. Verdaderamente debemos ceñirnos: no permitir que las palabras de la oración se aparten del tema, debemos hacer que vuelvan al centro en caso de que divaguen. Siempre tenemos que estar alertas para marchar hacia la meta, para no permitir que entren palabras no deseadas, y para guardarnos de hacer oraciones que no son oraciones en absoluto.

Velemos y oremos. Nunca permitamos que Satanás interrumpa nuestras oraciones con su artificio. Frecuentemente Satanás nos acusa cuando hemos sufrido una pequeña derrota. Hará que nos analicemos mientras estemos orando, de tal modo que nos parezca difícil abrir la boca delante de Dios. Satanás nos desanimará de tal manera, cuando la promesa de Dios nos parezca

remotamente vaga, que perdamos el ánimo de seguir confiando en Dios. Sin embargo, si nuestra oración está en conformidad con la voluntad de Dios, debemos perseverar en la oración. Aunque hayamos fracasado en algo, podemos aún acudir a Dios a través de la sangre del Cordeiro. No hay razón para permitir que Satanás interfiera. Debemos ser como la viuda que acudió al juez injusto tan frecuentemente, que él hizo justicia (ver Lucas 18: 5). Debemos ser como la sunamita que se negó a marcharse hasta que Eliseo se levantó y la siguió (ver 2 Reyes 4: 30). Creemos que cualquier demora en la respuesta a la oración nos capacita para comprender algo que nunca habíamos comprendido, y para aprender algo que nunca habíamos aprendido. En cualquier caso no permitiremos que Satanás corte nuestra oración y la destruya.

Satanás no se siente complacido cuando algunos de nosotros nos reunimos para orar. Él colocará en nuestro sendero toda clase de lazos y hará toda clase de movimientos para detener la oración. Cosas tales como rumores sin base, relatos irreales, sospechas sin causa, una creciente incomprensión, extraños temores y el terror infundado, son elementos estimulados secretamente por Satanás para crear división, conmovier el culto de oración y destruir la unidad en la oración. En vista de tales intentos satánicos, tenemos que “*examinarlo todo*” (1 Tesalonicenses 5:21). No creamos rápidamente las cosas, ni seamos movidos fácilmente, ni difundamos inmediatamente ningún informe. Si velamos, descubriremos que muchas de estas innecesarias e inexactas palabras y

obras no son sino artificios de Satanás, cuya meta es debilitar el corazón y la mano del pueblo de Dios, hasta el punto en que pueda producir división. Por tanto, tenemos que orar por un lado, y velar por el otro. Sigamos el ejemplo de Nehemías, quien puso guardas (Nehemías 4:9). Nuestra respuesta a la amenaza de Satanás es la siguiente: “*No hay tal cosa como dices, sino que de tu corazón tú lo inventas (...) ¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Y quién, que fuere como yo, entraría al templo para salvarse la vida? No entraré*” (Nehemías 6: 8, 11). No nos dejaremos aterrorizar, ni dejaremos de orar. Un hermano dijo una vez: “Cómo necesitamos colocar guardas que vigilen contra las asechanzas de Satanás, cuyos sistemas de destruir la vida del pueblo de Dios como corporación, exceden a nuestra capacidad de contar o enumerar.” En vista de todo esto, tenemos que velar con toda perseverancia e inspeccionar cuidadosamente todas las cosas, a fin de no dar a Satanás la oportunidad de dividirnos, de destruir nuestra unidad en la oración, o de cortar nuestra oración.

Tenemos que velar en nuestra oración para que no se vuelva vaga. Es evidente que hay muchos asuntos que deben ser arreglados, muchas personas que necesitan intercesión, el mensaje central de Dios tiene que ser revelado, y no son pocos los problemas que esperan solución; sin embargo, en el momento de orar parece que no hubiera ningún tema definido por el cual orar, y una falta total de palabras para expresar nuestra oración es lo que domina. Luchamos por decir dos o tres frases, y

luego dejamos de orar por completo. Ahí está envuelto claramente el ataque satánico.

Sin duda, en algunas ocasiones nuestra oración suena rutinaria por el hecho de que estamos flojos, desocupados, carentes de amor, sin comprender cabalmente ni ser cuidadosos; pero en otras ocasiones nos reunimos realmente para orar y hallamos que nuestras oraciones son débiles y pocas. Esto prueba que algo está interfiriendo, y que ese algo no es otra cosa que el plan de Satanás para obstruir nuestra oración. Si hubiéramos velado, habríamos descubierto que gran parte de lo que olvidamos, de lo que no recordamos, de nuestra tendencia a demorarnos, no se nos puede atribuir a nosotros sino que es efecto del engaño y del hurto satánico. Tenemos que oponernos a las asechanzas de Satanás. Ya sea que oremos por personas o cosas, ya para saber la verdad o para resolver problemas, debemos orar concienzudamente. Tengamos en mente que una oración apresurada, una demasiada economía de tiempo en la oración, generalmente es una oración negligente, que ofrece un pretexto fácil al enemigo. No seamos perezosos en vez de ello; por una parte, pidamos al Señor que nos capacite para recordar todos los motivos de oración y que nos dé las palabras para expresarlos; pero por otra parte, hagamos frente a la pereza y al postergar.

Nuestro Señor se levantó “muy de mañana siendo aun muy oscuro (...) y allí oraba”. Cuando Simón y sus compañeros le dijeron: “*Todos te buscan*”, Él respondió:

“Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido” (Marcos 1:36, 38). ¡Cuán completo y concreto es esto! Nuestro Señor fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus “discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles” (Lucas 6: 12, 13). Una vez más ¡cuán concreto y completo! El apóstol Pablo recordó a los santos de Efeso que oraran en todo tiempo en el Espíritu, velando con toda perseverancia “y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio (...) que con denuedo hable de él, como debo hablar” (Efesios 6: 18, 20). Tal súplica es sumamente concreta, clara y necesaria. Si tenemos conciencia de que somos un cuerpo, y estamos realmente preocupados por las almas, por los santos y por el servicio de los siervos de Dios, tendremos muchas personas y cosas por las cuales orar.

Y en cuanto a cada verdad y a todas ellas, también hay necesidad de mucha oración. Al escribir a los santos de Efeso, Pablo dijo: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre (...) para que os dé...” (Efesios 3:14-19). De esto aprendemos que la revelación de la gloriosa verdad que Pablo recibió, le vino por medio de la oración, y la oración es la revelación. El valor real de la luz de la verdad viene por la oración. Debemos orar para que venga la verdad a nuestra vida, y luego orar para que brote de ella. Debemos orar mucho con respecto a las verdades que hemos oído y dicho, para que no sólo las

recuerde nuestra mente y estén escritas en nuestras libretas de apuntes, sino que igualmente se manifiesten en nosotros.

¡Todas estas cosas necesitan oración concreta y completa! Detrás de diversas dificultades hay demonios que realmente sostienen las riendas. Si no velamos, pudiéramos considerar que estas son puramente dificultades humanas o físicas. Pero si tenemos discernimiento espiritual, veremos a través de estos obstáculos y echaremos fuera a los demonios que se esconden detrás de ellos. Algunas veces, como lo indicó el Señor, “este género no sale sino con oración y ayuno” (Mateo 17: 21). Esto requiere que estemos velando, por una parte, y orando persistentemente, por la otra. De otro modo, estas dificultades sobresaldrán como una montaña, y nos hará viajar alrededor de ella en vez de echarla al mar. ¡Oh, que podamos estar despiertos, que podamos orar cabalmente, desenmascarar todas las asechanzas de Satanás, destruir todas sus fortalezas, y echar fuera todos los demonios que se esconden detrás de cada dificultad!

Tenemos que velar no sólo antes de la oración y durante ella, sino también después. Necesitamos vigilar cuidadosamente todos los cambios que vienen después de nuestra oración. Todas las oraciones sinceras que se hacen cuando hay una carga, se hacen “en todo tiempo” y “con toda oración”; no sólo una vez, sino muchas veces; no sólo en una dirección, sino en muchas direcciones. De modo que después de cada oración, debemos notar si

hay algún nuevo descubrimiento, algún nuevo cambio, algún nuevo movimiento.

Esto no es distinto de la oración que Elías hizo allí en la cima del Carmelo. Él se inclinó hasta la Tierra y colocó su cara entre las rodillas. Siete veces envió a su siervo a que fuera y mirara el mar, hasta que el siervo informó que veía una pequeña nube como del tamaño de la mano de un hombre, que se levantaba del mar. Luego, envió su siervo a que fuera a decirle al rey Acab que preparara la carroza y descendiera, para que la lluvia no lo atajara (ver 1 Reyes 18: 42-44). Tampoco se diferencia de la oración de Eliseo por el niño de la sunamita: “... se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; así se tendió sobre él y el cuerpo del niño entro en calor (...) y el niño estornudó siete veces, y abrió sus ojos” (2 Reyes 4:34-36). Luego devolvió el niño a la madre. Ni Elías ni Eliseo se arrodillaron simplemente para orar. Los dos oraron, y luego observaron los efectos de sus súplicas en el cambio de los ambientes.

Supongamos que usted ora por una persona que se opone al Señor, y le pide a Dios que haga que tal individuo crea. Usted hace por él toda clase de oraciones, y también recibe la promesa de Dios. Sin embargo, la situación externa parece empeorar: el individuo se opone al Señor más fuertemente que nunca antes. Usted no puede descartar este cambio y continuar con su antigua oración. Tiene que notarlo y decírselo a Dios. Si usted

vela, recibirá luz de Dios, y sabrá que su oración ya ha influido en el amigo incrédulo. Usted comenzará a alabar a Dios. Debe cambiar su oración y volver a arreglar su red. Tal vez, después de algún tiempo, la actitud de dicho individuo se vuelva suave y bondadosa. Una vez más usted puede cambiar su oración, y colocar otra red. El cambio de la oración, según se observe la situación, exige que uno vele constantemente.

Efesios 6 es un capítulo que se refiere a la guerra espiritual, lo más importante de la cual es la última oración mencionada. Recordemos que el blanco que más fácilmente es atacado en la vida de un hijo de Dios es la oración. Por tanto, tenemos que velar en la insistencia de apartar tiempo para la oración, proteger la oración que se hace, evitar todo aquello que no son reales oraciones, e impedir que Satanás interrumpa nuestra oración con sus perversos artificios. Sepamos en todo momento que la oración es un ministerio, un servicio más excelente. Debemos velar y orar; debemos aprender a orar diligentemente, y no debemos permitir que Satanás se aproveche de la más mínima oportunidad para destruir nuestra oración.